

El Fuego Consumidor

Oswald J. Smith

INDICE

CAPÍTULO 1 REQUISITOS PARA LA EVANGELIZACIÓN (PRIMERA PARTE).....	4
UNA VISIÓN DE LA ABSOLUTA RUINA DEL GÉNERO HUMANO.....	4
UNA COMPRESIÓN DE LA SUFICIENCIA DE LA SALVACIÓN DE DIOS.....	5
UNA VIDA ENTREGADA A UN SOLO GRAN PROPÓSITO.....	5
UNA VIDA PUESTA ABSOLUTAMENTE A DISPOSICIÓN DE DIOS.....	7
CAPÍTULO 2 REQUISITOS PARA LA EVANGELIZACIÓN (SEGUNDA PARTE).....	9
UN MINISTERIO DE ORACIÓN QUE PREVALECE.....	9
UN MINISTERIO SATURADO CON LA PALABRA DE DIOS.....	9
MINISTERIO CON UN MENSAJE VITAL PARA UN MUNDO PERDIDO.....	10
UN MINISTERIO EN LA UNCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO.....	11
UN MINISTERIO CARACTERIZADO POR UNA EXPECTATIVA DE FE.....	12
UN MINISTERIO CONSAGRADO A LA GLORIA DE DIOS.....	13
CAPÍTULO 3 LA EVANGELIZACIÓN EN ACCIÓN (PRIMERA PARTE).....	14
CAMPAÑAS DEMASIADO BREVES.....	14
RESULTADOS ASOMBROSOS.....	14
CONVERSIONES.....	15
INSCRITOS EN LAS IGLESIAS.....	16
CAPÍTULO 4 LA EVANGELIZACIÓN EN ACCIÓN (SEGUNDA PARTE).....	18
CAPÍTULO 5 ¿EVANGELIZACIÓN O AVIVAMIENTO? (PRIMERA PARTE).....	23
UNA CAMPAÑA EVANGELÍSTICA NO ES UN AVIVAMIENTO.....	23
UNA CAMPAÑA EVANGELÍSTICA ES UN ESFUERZO POR PARTE DE LA IGLESIA POR GANAR PARA CRISTO A LOS QUE AUN NO SON SALVOS.....	23
UN AVIVAMIENTO COMIENZA CON EL PUEBLO DE DIOS.....	23
UN AVIVAMIENTO ES UNA MANIFESTACIÓN DEL PODER DE DIOS.....	24
UN AVIVAMIENTO SIEMPRE PRODUCE UNA PROFUNDA CONVICCIÓN DE PECADO.....	25
UN AVIVAMIENTO NO DEPENDE UN LÍDER.....	25
LOS AVIVAMIENTOS NO DEPENDEN DE LOS SERMONES.....	26
CAPÍTULO 6 ¿EVANGELIZACIÓN O AVIVAMIENTO? (SEGUNDA PARTE).....	27
EL AVIVAMIENTO ES RESULTADO DE UN PRECIO PAGADO.....	27
ESTAR EN PAZ CON DIOS.....	27
AFANARSE EN LA ORACIÓN.....	28
PREDICAR LA PALABRA.....	29
ACTUAR EN EL ESPÍRITU.....	29
CAPÍTULO 7 LA EVANGELIZACIÓN EN LA SALA DE SEGUIMIENTO.....	31
PREPARARSE PARA OBTENER RESULTADOS.....	31
EMPLEAR TACTO.....	31
HACER QUE EL INTERESADO SE PONGA DE RODILLAS.....	31
NO DISCUTIR.....	31
DEPENDER DEL ESPÍRITU SANTO.....	32
ORAR MUCHO.....	32
DIAGNOSTICAR EL CASO Y APLICAR EL REMEDIO ADECUADO.....	32

LOS INCONVERSOS.....	33
LOS ALEJADOS.....	33
LOS INSEGUROS.....	34
LOS DERROTADOS.....	34
CAPÍTULO 8 LA EVANGELIZACIÓN EN TIERRAS EXTRANJERAS.....	37
COMO PREPARAR EL CAMINO.....	37
COMO EXTENDER LA INVITACIÓN.....	37
LA INTERPRETACIÓN DE LOS RESULTADOS.....	39
CAPÍTULO 9 EL MENSAJE DE LA EVANGELIZACIÓN.....	41
LA NECESIDAD DE SALVACIÓN: EL PECADO DEL SER HUMANO.....	41
EL FUNDAMENTO DE LA SALVACIÓN: LA OBRA DE CRISTO.....	41
EL CAMINO DE SALVACIÓN: LA FE EN CRISTO.....	42
LA CERTEZA DE SALVACIÓN: LA PALABRA DE DIOS.....	42
LA EVIDENCIA DE LA SALVACIÓN: EL FRUTO QUE SE DA.....	43
EL GOZO DE LA SALVACIÓN: EL CAMINAR DEL CREYENTE.....	44
LA CONSUMACIÓN DE LA SALVACIÓN: LA RECOMPENSA DEL CRISTIANO.....	44
CAPÍTULO 10 LECCIONES APRENDIDAS DE LA EVANGELIZACIÓN.....	46
MUY POCO SE PUEDE LOGRAR SIN UNA MANIFESTACIÓN DEL ESPÍRITU DE DIOS.....	46
LAS CONDICIONES DESFAVORABLES SIEMPRE SE PUEDEN CAMBIAR POR EL PODER DE LA ORACIÓN QUE PREVALECE.....	46
LA OBEDIENCIA PERFECTA A LA VOLUNTAD DE DIOS ES EL PRERREQUISITO ÚNICO PARA EL ÉXITO.....	47
NO SE PUEDEN OBTENER GRANDES RESULTADOS SIN QUE SURJA LA ENVIDIA Y LA OPOSICIÓN.....	47
EL AVIVAMIENTO PERENNE SÓLO ES POSIBLE ALLÍ DONDE HAY CONTINUO QUEBRANTAMIENTO DE CORAZÓN.....	49
LA EVANGELIZACIÓN ES EL SECRETO DE LA BENDICIÓN TANTO MATERIAL COMO ESPIRITUAL EN LA IGLESIA LOCAL.....	50

Capítulo 1 Requisitos para la evangelización (Primera parte)

Jamás olvidaré aquella época de mi vida en la cual, más que ninguna otra cosa, lo que yo quería era ser usado por Dios. Mientras recorría en mi mula las hermosas cañadas de las colinas de Kentucky, o mientras daba pasos de un lado a otro en mi pequeña y solitaria cabaña entre los montañeses, lo que hacía era clamar a Dios en la agonía de mi alma: "Señor, úsame. Hazme un ganador de almas. Envíame como evangelista. Hazme ver el avivamiento. No dejes que me contente con un oficio corriente de pastor en que no logro nada. Sólo tengo una vida que vivir, y quiero invertirla en ti. Hazme vivir para los demás. Dame la capacidad de ganar para el Señor Jesucristo a hombres y mujeres que aún no lo conocen. Haz que tu bendición se pose sobre mi ministerio."

Después oraba así: "Señor, ¿cuáles son los requisitos para la obra evangelística? ¿Cómo puedo ser usado por ti? ¿Hay condiciones que reunir? Si es así, revélamelas. ¿Qué debo hacer? Muéstrame los prerrequisitos. Ayúdame a satisfacer las condiciones, cualesquiera que sean, para que no desperdicie mi vida. No debo fallar."

Luego, a medida que estudié la Palabra de Dios, hallé los requisitos, y los confronté uno por uno, a medida que Dios me los iba revelando. Allí estaban, claramente enunciados. Esas son las condiciones que ahora quiero transmitirle a usted, porque creo que usted también quiere ser usado por Dios. También usted está consciente de que sólo se vive una vez y no quiere desperdiciar esa única vida que tiene. Usted quiere tener éxito en la tarea de ganar almas. Usted quiere conocer los requisitos para la labor de la evangelización y del avivamiento. Permítame mencionarlos uno por uno, tal como Dios me los reveló hace ya tanto tiempo.

Una visión de la absoluta ruina del género humano

Creo que es aquí donde debemos comenzar. Hasta tanto Dios no nos dé una visión de la absoluta ruina del género humano, no podremos llegar muy lejos en nuestra obra evangelística. Debemos darnos cuenta de que la humanidad está en la ruina. Debemos percatarnos de que los seres humanos están muertos en sus delitos y pecados, y de que no hay nada bueno en ninguno de ellos. Debemos conocer algo de la extrema depravación del corazón humano.

Mientras sigamos pensando que en el corazón humano hay una chispa de vida divina, no lograremos gran cosa en nuestra obra evangelística; porque entonces llegaremos a la conclusión de que todo lo que tenemos que hacer es atizar la chispa para convertirla en llama, y que entonces todo se arreglará.

Como usted puede ver, eso descarta por completo el nuevo nacimiento. Porque entonces no hay necesidad de conversión, pues si alguien ya tiene vida, no necesita recibir vida. Simplemente le ha dado la espalda a Dios su Padre y se ha descarriado. Según eso, la tarea del evangelista consiste en persuadirlo a que se enmiende, a que regrese a Dios.

Esa idea implica la noción de que todos somos hijos de Dios, cosa que, según la Biblia, no es cierta. Hasta tanto no nazcamos de nuevo, somos hijos de Satanás y no pertenecemos en absoluto a la familia de Dios. Sólo el nuevo nacimiento nos puede hacer hijos de Dios. No, amigo: no hay en nadie chispa alguna de vida divina; y por eso no hay nada que se pueda atizar hasta convertirlo en llama. Todos los seres humanos están muertos, perdidos, echados a perder, absolutamente depravados, sin esperanza alguna de vida si no nacen de nuevo.

Por eso digo que debemos vislumbrar algo de la absoluta ruina del género humano. Debemos darnos cuenta de que el ser humano que está muerto debe ser vuelto a la vida, de que por sí mismo está sin la más mínima esperanza, y de que esa necesidad sólo Dios puede satisfacerla. Ese requisito es de enorme importancia y ningún evangelista puede tener éxito sino hasta que lo haya adquirido.

Una comprensión de la suficiencia de la salvación de Dios

Por una parte tenemos la absoluta ruina del género humano, pero por otra tenemos una salvación que es suficiente para satisfacer esa necesidad. En otras palabras, Dios tiene un remedio; Dios tiene una cura; Dios ha hecho la provisión. adecuada; Dios puede hacer pasar a los seres humanos de la muerte a la vida. El ha provisto lo necesario para la situación de ruina en que se halla el género humano, para los que están muertos en sus delitos y pecados.

Hace casi dos mil años, por medio de su Hijo Unigénito, el Señor Jesucristo, Dios hizo esa provisión. Por eso cuando usted y yo emprendemos nuestra tarea evangelística, conscientes como estamos de que los seres humanos están muertos en sus delitos y pecados, de que por sí mismos están absolutamente desamparados y sin esperanza, y de que el género humano está en absoluta ruina, sabemos que tenemos un evangelio glorioso, un Salvador maravilloso, una provisión formidable: en fin, todo lo que se necesita para resolver el desesperado apuro del hombre y de la mujer sin Cristo.

No hay ningún otro mensaje como éste. Con gozo en nuestro corazón y certeza en nuestra alma, podemos ir adelante con el evangelio del Señor Jesucristo, sabiendo que dará fruto. Se puede rescatar a la persona más desesperada, a la más alejada de Dios y más sumida en el pecado, mediante el poder del evangelio de Jesucristo. Por eso Pablo exclama: "No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree ...". El evangelio es el remedio. No hay otro. Usted y yo debemos percatarnos de eso y no recurrir jamás a ninguna otra cosa. Sólo ese debe ser nuestro mensaje. Toda otra cura resultará insuficiente. El evangelio de Dios es la única esperanza de los seres humanos.

Las Naciones Unidas no tienen la solución al problema. Ningún estadista tiene la solución. Ningún político puede satisfacer la necesidad. Ningún gobierno es suficiente. Usted y yo somos los únicos que tenemos la solución, y nuestra solución es el evangelio. No hay alternativa.

El evangelio resuelve todos los problemas. El evangelio es eficaz cuando nada más lo es. El evangelio satisface todas las necesidades. Ninguna otra cosa puede lograr tal cosa. Por eso lo que debemos predicar es el evangelio. Gracias a Dios, podemos predicarlo con la más absoluta certeza.

Ahora bien, amigo, a menos que usted crea que el evangelio es la solución y que no hay ninguna otra, no podrá llegar lejos en su obra evangelística. A menos que usted sepa que el alma en su desamparo y su desesperanza está en absoluta ruina, y que fuera del evangelio no tiene posibilidad de recuperación, no logrará gran cosa. A menos que usted crea que el ser humano es absolutamente depravado, que está muerto en sus delitos y pecados, y que usted tiene el único remedio existente, el evangelio del Señor Jesucristo, y que ese remedio puede satisfacer la más tremenda necesidad, por más desesperada que parezca, no tendrá sino un éxito reducido a la hora de evangelizar.

Una vida entregada a un solo gran propósito

Usted recordará que el apóstol Pablo dijo: "Una cosa hago." Pablo era un hombre dedicado a una sola cosa. El hombre que va a tener éxito en la obra evangelística y de ganar almas es el que ha dejado de lado todo lo demás, que se ha convertido en una persona de una sola cosa, un solo propósito, un solo objetivo en la vida. Cualquiera que tenga intereses divididos, cualquiera que tenga muchos proyectos, planes y programas, cualquiera que esté interesado en otras cosas, no va a poder tener éxito como evangelista. El que va a tener éxito es aquel que no tiene más que un solo gran propósito en su vida. *

Cuando yo era estudiante, jamás soñé con casarme sino hasta que me hubiera graduado y hubiera dado inicio a mi ministerio. Para un estudiante, el asumir la responsabilidad de tener esposa e hijos es una carga económica enorme. Si sus intereses están divididos de ese modo, ¿cómo podrá concentrarse en sus estudios con la expectativa de triunfar en su trabajo? ¿No sería mejor esperar hasta terminar sus estudios, antes de dar un paso así?

Nunca he podido entender cómo hay algunos pastores que pueden realizar su trabajo como tales y al mismo tiempo, como algo adicional, estar metidos en los negocios. Si Dios llama a una persona a predicar el evangelio, entonces debe vivir del evangelio. No hay razón alguna para que deba ganar dinero adicional. Si se mete en los negocios, se va a interesar en ellos. Comenzará a pensar en su negocio y no podrá ser una persona de una sola cosa. Parte de su tiempo se invertirá en el ministerio y parte en sus negocios.

He aprendido que el ministerio exige todo lo que una persona tiene. Exige toda su atención; todo su pensamiento, todo su estudio, de día y de noche. Debe estar completamente revestido de su vocación. Debe estar entregado absolutamente a esa única gran obra a la cual Dios lo ha llamado. Si está tratando de ganar un poco de dinero adicional, si está interesado en negocios de una clase y de otra, no va a poder concentrarse en la única gran obra para la cual Dios lo ha ordenado.

Los monjes tuvieron la idea correcta. Sintieron que debían retirarse del mundo para enclaustrarse en un monasterio y así consagrar todo su tiempo a Dios. Sintieron que debían renunciar a todos los otros intereses, y romper por completo con el mundo, para poder servir a Dios a perfección. Digo, pues, que su objetivo era correcto, que su propósito era correcto, aunque su método estaba equivocado. El plan de Dios es que nos mezclemos con nuestros semejantes y que aún así estemos absolutamente consagrados a El.

¿Puede una esposa tener éxito como esposa si está interesada en otro hombre? ¿Puede un hombre tener éxito como esposo si está interesado en otra mujer? Usted sabe la respuesta. ¿Cómo, entonces, puede un hombre que ha sido llamado por Dios tener éxito como evangelista si tiene otros panes en el horno? Es sencillamente imposible. El evangelista debe ser un hombre con un sólo gran propósito en su vida. Debe ser alguien que pueda decir como el apóstol Pablo: "Una cosa hago."

Amigo, ¿tiene usted varios intereses diferentes? ¿Está tratando de lograr varias cosas en lugar de consagrarse a la única gran obra a la cual Dios lo ha llamado? ¿Quiere usted tener éxito? ¿Ansía ganar almas para el Señor Jesucristo y conocer algo de la gloria del avivamiento? Entonces, repito, concéntrese en una sola cosa. Entréguese por completo a Dios y a la obra de la evangelización.

¿Recuerda usted las palabras del apóstol Pablo: "Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado" (2 Timoteo 2A)? Timoteo habla ser un hombre de una sola cosa. Pablo le hizo ver claramente que ningún hombre que se dejaba enredar en los asuntos mundanos podía ser jamás un soldado victorioso. Lo in ¡sino ocurre con el evangelista. Si va a servir a Dios como Dios quiere que le sirva, debe despojarse de todo otro interés.

¿Quiere usted que Dios lo use? Pues bien, ¿está dispuesto a pagar el precio? ¿Está preparado para dejar todo lo demás y convertirse en una persona de una sola cosa? ¿Está dispuesto a dedicar su vida entera a esa única cosa, a asegurarse de que ninguna otra cosa lo atraiga, de que ninguna otra cosa le interese, de que ninguna otra cosa absorba su atención? ¿Está preparado para concentrarse, para entregarse de lleno al servicio de Dios, para convertirse en una persona de un solo gran propósito en la vida? Si lo está, Dios lo va a usar a usted para su propia gloria y honor, y la labor de evangelización que usted realice tendrá éxito.

Una vida de la que se ha eliminado todo estorbo

¿Recuerda usted aquella afirmación del Salmo 66:18: "Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado"? El ni siquiera se inclinará para escuchar lo que yo digo, si abrigo, si miro, la iniquidad - el pecado - en mi corazón. Todo pecado debe ser erradicado.

Amigo mío, tal vez esa sea la razón por la que Dios lo está usando a usted. Quizá tenga usted un ídolo en su vida, quizás haya un Acán en el campamento. Quizás usted esté cargado por algún tipo de peso, o por un mal hábito al que no está dispuesto a renunciar. Tal vez usted ni siquiera se dé cuenta de que eso es pecado, pero se interpone entre usted y Dios, y hace imposible el que Dios lo use a usted.

Cada día usted trata de avanzar, pero hay algo que lo arrastra hacia atrás; algún peso que tira de usted hacia abajo y que le hace imposible correr la carrera que Dios quiere que corra. Un hábito, tal vez inofensivo en sí

mismo, está obstaculizando la manifestación del poder de Dios en su vida; y como usted no está dispuesto a abandonar su pecado, como se resiste a renunciar a él por completo, entonces Dios no puede usarlo.

Pero - dirá usted - la verdad es que no me hace daño a mí mismo ni a nadie más. Es más, lo disfruto. Le doy vuelta y vuelta como un bocado dulce. Lo disfruto con gran placer. Nadie sabe nada sobre ese mal hábito. Ni siquiera los miembros de mi familia lo saben. Mi pastor lo ignora por completo. La verdad es que mi cónyuge no tiene idea alguna de que me gozo en eso. Lo disfruto en secreto cuando estoy a solas. ¿Por qué voy a renunciar a él?

Si tal es su respuesta usted deberá contentarse con seguir como está: nunca será usado por Dios. Olvídense del avivamiento y de la evangelización, porque Dios no podrá bendecir su ministerio. A menos que usted haya llegado al punto en que está preparado para romper con todo pecado conocido, con todos los ídolos de su vida, con todo mal hábito, con todo peso, con ese pecado que lo acosa tan fácilmente ... en resumen, a menos que usted esté dispuesto a abandonarlo todo, deberá quedarse satisfecho sin la bendición de Dios.

El pecado inevitablemente le impedirá avanzar. El pecado contrista al Espíritu Santo, y usted jamás verá la bendición del poder de Dios en su vida y en su ministerio sino hasta que esté listo a renunciar para siempre al pecado, a apartarse de él absolutamente y a no volver a consentir con él.

Usted tendrá que enfrentara ese Acán que hay en el campamento, a ese ídolo que hay en su corazón, ese mal hábito que hay en su vida, no importa qué sea. Debe haber una ruptura clara. Mientras usted siga haciendo lo que está haciendo ahora, Dios le retendrá SU poder.

Nunca conocerá usted la unción de Dios, nunca podrá experimentar su bendición. Si usted quiere tener éxito como evangelista, si quiere ver el avivamiento en su ministerio, entonces rompa con el pecado.

¿Por qué no hacerlo ahora que usted es joven? ¿Por qué esperar hasta que eso se aferre a usted, hasta que se convierta en un hábito arraigado? ¿Por qué no resolverlo antes que las cadenas se hayan enrollado en torno a usted tan apretadas que es prácticamente imposible romperlas? Esta es la hora de resolver el pecado. Usted tiene ante sí la vida entera: Si quiere que Dios lo use, entonces sea definido, sea enfático.

Esta debe ser su oración: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno" (Salmo 139:23, 24). Es posible que con todos sus talentos y sus dones, con todos sus logros, con todos sus estudios, usted termine por ser un fracaso completo y miserable en su labor de evangelización, -sencillamente porque hay algo en su vida, algo en su corazón, que contrista al Espíritu de Dios y le imposibilita a Jesucristo usarlo a usted como El quiere, para su honor y gloria. Entonces deje que El lo examine. Deje. que lo pruebe. Deje que El saque a la luz el Acán que hay en su corazón. Y entonces confíéselo, aléjelo de sí, y póngase en comunión con Dios, para que El bendiga su ministerio y se adueñe de él.

Una vida puesta absolutamente a disposición de Dios

Hasta ahora hemos venido tratando con el aspecto negativo. Ahora llegamos a lo positivo. El gran propósito de Dios es que nuestra vida esté puesta completa y absolutamente a su disposición. Por eso una y otra vez afirmamos: "Entréguese a Dios."

Ningún alfarero puede hacer absolutamente nada con un poco de arcilla que de continuo se opone al intento del alfarero por darle forma. Si el alfarero no puede hacer la clase de vasija que quiere hacer, la razón es que hay algo en la arcilla que se opone a su esfuerzo. Tan pronto como se ha eliminado ese estorbo y la arcilla se rinde por completo a él, el alfarero puede hacer cualquier tipo de vasija que desee. Lo mismo ocurre con la vida suya y con la mía. P ara que Dios pueda usarnos para su honra y gloria, para que su poder descansa sobre nosotros, para que El bendiga nuestro ministerio de evangelizar y ganar almas, entonces nuestra vida debe estar absolutamente puesta a su disposición.

Mientras tengamos aunque sea un poco de nuestra propia voluntad, Dios podrá hacer poco con nosotros. Es necesario que su voluntad llegue a ser nuestra voluntad, y tan pronto como su voluntad sea la nuestra entonces podrá comenzar a bendecirnos. Debemos poder decir con el Señor Jesús: "Mi delicia es hacer tu voluntad, oh Dios mío."

Dios no actúa nunca como un capataz. Nunca nos obliga a hacer algo que no queremos hacer.

Primero nos hace estar deseosos, y luego nosotros nos deleitamos en obedecerle. En otras palabras, su voluntad, como ya lo he dicho, se convierte en nuestra voluntad, y entonces ya no hay sino una sola voluntad que obedecer. Nos hemos puesto absolutamente a disposición de Dios.

¿Qué puede hacer un médico por un paciente, mientras el paciente rechaza su remedio? El paciente debe ponerse completamente en manos del médico y debe estar perfectamente dispuesto a aceptar la receta que el médico le dé. Sólo entonces tendrá esperanzas de recuperarse. Pero mientras el paciente haga las cosas a su manera, se aplique su propia medicina y rechace las recetas que le da el médico, es poco lo que se puede hacer por él. Es menester que se ponga en manos del médico.

Lo mismo sucede con usted y conmigo. Hasta tanto no nos pongamos absolutamente a disposición de Dios, será poco lo que Dios pueda hacer por nosotros. Dios quiere la vida de usted completamente rendida, y El nunca estará satisfecho con usted sino hasta que usted, como un esclavo, pero como un esclavo voluntario, se ponga totalmente a disposición de El. Entonces El podrá usarlo a usted para su propia gloria.

Capítulo 2 Requisitos para la evangelización (Segunda parte)

En nuestra primera conferencia tratábamos sobre cinco de los requisitos para la evangelización. Ahora nos corresponde tratar sobre los seis restantes. Que Dios examine nuestro corazón a medida que los consideramos.

Un ministerio de oración que prevalece

No hay nada más importante que esto. Usted recuerda que Jacob luchó con Dios en la oración. Hoy día luchamos muy poco. Nos levantamos al amanecer, nos arrodillamos junto a la cama, susurramos unas cuantas palabras de oración y salimos apresurados hacia el trabajo. Y en la noche, cuando estamos fatigados, cansados y agotados, volvemos a hacer lo mismo y nos metemos en la cama. Para la mayoría de nosotros, eso es lo que significa la oración.

Pero no fue así como Jacob oró. El estuvo luchando toda la noche y al final exclamó: "No te dejaré, si no me bendices." Algunos nunca han aprendido cómo luchar en la oración. Por eso no saben cómo prevalecer. No prevaleceremos con los hombres sino hasta que hayamos prevalecido con Dios, y para prevalecer con los hombres debemos aprender a esforzarnos.

Jesús sabía lo que era esforzarse en la oración. Como recordarán, El pasaba noches enteras en oración. Una y otra vez los discípulos lo hallaron a solas con Dios en algún lugar desolado, derramando su alma en una oración de gran lucha. Usted y yo sabemos muy poco de esa clase de oración; pero mientras no aprendamos a quedarnos a solas con Dios y a esforzarnos en la oración, no lograremos mucho. No será sitio hasta entonces que El comience a usarnos, a responder a nuestras oraciones y a glorificarse en nuestro ministerio.

Carlos G. Finney tenía ese tipo de carga de oración. Una y otra vez salía al bosque, o a algún lugar solitario, y allí luchaba en presencia de Dios. A veces no podía ni siquiera expresar sus peticiones con palabras. Nos dice que sólo podía gemir y llorar, de lo formidable que era la carga que llevaba encima. No es de extrañar que Dios lo usara. No es de extrañar que se haya convertido en el más grande predicador de avivamientos de todos los tiempos. No es de extrañar que Dios se glorificara en su ministerio. Finney sabía cómo luchar en la oración.

William Bramwell, uno de los primeros grandes predicadores galeses, pasó una vez treinta y seis horas en un pozo de arena a solas con Dios. Durante esas treinta y seis horas de oración de lucha no tocó alimento ni bebida alguna; pero cuando salió de allí encendió el fuego del avivamiento en todos los lugares adonde fue a predicar.

Todos los hombres a quienes Dios ha usado han sido hombres de oración. Si usted nunca ha aprendido a orar, si nunca ha aprendido cómo luchar con Dios, si usted nunca ha aprendido a sufrir, si usted no sabe nada del esfuerzo del alma, entonces no sabe lo que significa lograr resultados espirituales. Si usted quiere ver a Dios glorificarse en su ministerio, tendrá que convertirse ante todo en un hombre de oración.

Un ministerio saturado con la palabra de Dios

Conozco a algunos ministros que nunca recurren a la Palabra de Dios excepto para preparar sus sermones. Un hombre que haga eso nunca llegará muy lejos en la obra evangelística. Usted y yo necesitamos recurrir a la Palabra de Dios en aras de nuestro bienestar espiritual. Debemos conocer el Libro de portada a portada, y sólo hay una forma de conocerlo: leerlo. Léalo del Génesis al Apocalipsis. Léalo una y otra vez. Léalo hasta que se convierta en parte de usted. Sólo entonces podrá Dios usarlo a usted como El quiere.

Si usted no está familiarizado con el arma que va a usar, se encontrará en desventaja cuando intente usarla. Nuestra arma es la Palabra de Dios. Si no estamos familiarizados con ella, si no sabemos cómo usarla, no vamos a llegar lejos en nuestra obra de evangelización. La Palabra de Dios debe estar en nuestros labios y en nuestro corazón. Debemos conocerla y meditar sobre ella hasta que llegue a ser parte de nosotros. Mientras velamos por la noche, citémosla una y otra vez hasta que nos saturemos de ella.

Recordemos que lo que Dios usa no es nuestra palabra sino la Palabra de El. El dice que su Palabra es un martillo, un fuego y una espada. Un martillo quebranta, un fuego quema y una espada corta. Debemos confiar en la Palabra. Lo que digamos nosotros puede lograr poco. Lo que Dios dice logrará mucho. Usemos, entonces, la Palabra; y al usarla, conozcámosla. Por lo tanto, repito, leámosla hasta que se convierta en parte de nosotros. Nada puede sustituir el conocimiento de la Palabra.

Ministerio con un mensaje vital para un mundo perdido

¿Qué tiene usted para un mundo perdido? ¿Va a llevarles servicio social, o educación? ¿Planea levantarles el nivel económico? ¿Proyecta concentrarse en la obra médica o de hospitales?

Amigo mío, si piensa que de esas razones es el motivo del ministerio, entonces le aconsejaría que se quede en su casa. No hay lugar para usted en las regiones lejanas. Deje en manos de otros todas las actividades que no son propiamente evangélicas. Otras organizaciones pueden hacer un trabajo mucho mejor que el suyo. Tienen más dinero, más trabajadores adiestrados y más recursos de lo que usted podrá acumular jamás. Tienen el equipo que se necesita. Ellos pueden educar a los paganos. Pueden realizar el trabajo médico. Pueden encargarse de los servicios sociales.

Si usted no va a ir llevando el único mensaje, sería mejor que no fuera. Su mensaje debe ser Juan 3:16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.» Si usted no es portador de ese mensaje, el mensaje de la salvación de Dios para un mundo perdido y que está pereciendo, si no va a proclamar la vida eterna a quienes viven en las tinieblas del paganismo, sería mejor que se quede en su casa.

¿Por qué va a entrar usted en el ministerio? ¿Cuál es su propósito al predicar el evangelio del Señor Jesucristo? ¿Quiere hacer que la gente pase un buen rato? ¿Está entrando en el ministerio para tener de qué vivir? ¿Le interesa el dinero que puede ganar? ¿Lo está haciendo porque es algo respetable y porque le acarrearán prestigio e influencia social? ¿Es ése su propósito?

Si es así, amigo, le vuelvo a decir que sería mejor que se busque otro puesto. Sería mejor que busque otra cosa que hacer, porque la bendición de Dios nunca va a descansar sobre usted si ésas son sus razones. A menos que vaya a entrar en el ministerio con el mensaje de la salvación de Dios, a menos que vaya a presentarles a quienes viven en el pecado y las tinieblas un Salvador viviente y a proclamarles el mensaje de que "Cristo murió por nuestros pecados" a menos que vaya a decirles a quienes están perdidos y pereciendo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" repito, sería mejor que se dedique a otra cosa. El ministerio no es el lugar adecuado para usted. No vale la pena.

En este momento estoy pensando en cierto hombre de Londres, Inglaterra. Ese hombre asistió cierta vez a dos iglesias. Por la mañana fue al City Temple, en el corazón de la gran metrópoli. Escuchó uno de los sermones más elocuentes que habla oído jamás, y al salir lo oyeron exclamar: "¡Qué sermón tan maravilloso!" Por la noche fue al Tabernáculo de Spurgeon, ese púlpito de fama mundial, ese gran auditorio con sus dos enormes galerías que se hicieron famosas gracias a Carlos H. Spurgeon, el príncipe de los predicadores, y al salir lo oyeron exclamar: "¡Qué Cristo tan maravilloso!"

Si el propósito que usted tiene es pronunciar grandes sermones, entonces es mejor que se eche atrás. El mundo no necesita sermones; lo que necesita es un mensaje, y entre un sermón y un mensaje hay una enorme diferencia. Usted puede ir a un seminario y aprender cómo pronunciar sermones, pero para tener un mensaje

que transmitir usted tendrá que acudir a Dios. Los sermones nunca ejercerán influencia sobre su congregación, pero los mensajes sí. Los sermones apelan al intelecto; los mensajes al corazón. Lo que la gente de hoy necesita no son grandes sermones sino grandes mensajes. Debemos salir a presentar a Cristo, el Salvador viviente.

El mundo, repito, está a la espera de los mensajeros de Dios. Si usted va a ir al púlpito para presentar a Cristo, el Cristo viviente para un mundo que se está muriendo, entonces Dios lo va a bendecir a usted y lo va a usar para su gloria. Usted estará participando en la más grandiosa de todas las vocaciones, la del ministerio, y nunca se arrepentirá de haber respondido al llamado de Dios. Al final de su vida mirará atrás recordando su ministerio, y le dará gracias a Dios por haber pasado la vida al servicio del Señor Jesucristo.

Un ministerio en la unción del Espíritu Santo

Hoy día hay quienes casi tienen miedo de hablar acerca del Espíritu Santo. Ha habido tanto conservadurismo frío y tanto fanatismo respecto al Espíritu Santo, que ellos apenas si lo mencionan. Pero El es la tercera persona de la Trinidad, el Albacea de la divinidad, el que en el libro de Hechos ocupa el puesto principal. Fue el Espíritu Santo quien realmente llevó a cabo la obra que allí se describe. Fue El quien guió a los apóstoles y los dirigió. El era el que llevaba la dirección. El Espíritu Santo redargüía de pecado e iniciaba los avivamientos. El -Dios Espíritu Santo - fue el que fundó la Iglesia Primitiva.

Hoy día, en gran medida, se hace caso omiso del Espíritu Santo. Tenemos la idea de que podemos arreglárnoslas sin El, de que los estudios y la formación académica pueden tomar su lugar y en cierto modo reemplazar su poder, y nos hemos empeñado en llevar adelante nuestro ministerio con la energía de la carne, completamente a espaldas del Espíritu Santo. A mí me parece que ya es hora de que le demos su legítimo lugar, porque es El quien debe realizar la obra. A menos que usted y yo sepamos algo acerca de la unción del Espíritu de Dios, no podremos llegar muy lejos en el servicio a Dios.

A lo largo de mis años de ministerio he estudiado la vida de aquellos a quienes Dios ha usado, y he descubierto que todos ellos eran hombres ungidos. Cada uno de ellos, ya fuera un evangelista o un predicador de avivamientos, tuvo en su vida una especie de experiencia crucial, en que el Espíritu Santo asumió el poder sobre él y comenzó a usarlo. Todos ellos eran hombres ungidos.

Alguien que experimentó esa clase de unción fue Evan Roberts. Jamás olvidaré el día en que fui a verlo cuando estuve en Gales. No estaba en casa, pero vi la casa en que vivía, y sentí que hasta el terreno que pisaba era santo. Posteriormente me escribió una carta de su puño y letra, y pocos meses después partió para vivir con su Señor. Repito, Evan Roberts conoció la unción del Espíritu Santo. También Carlos G. Finney conoció esa unción. El sabía lo que era estar investido de poder de lo alto. D. L. Moody también la conoció. Juan Wesley la conoció. Cada uno de esos hombres a quienes Dios ha usado, a lo largo de los siglos, ha sabido lo que significa estar ungido por el Espíritu de Dios.

Los hombres ungidos no se contentan con los estudios ni con la formación académica. Saben que se necesita algo más, y que Dios no puede usarlos sino hasta que hayan experimentado la unción. Así que esperan en la presencia de Dios hasta ser investidos de poder de lo alto. Entonces salen y, en pocas semanas o meses, logran más con la demostración y el poder del Espíritu que lo que habrían podido lograr en varios años con la energía de la carne.

En nuestros días Dios quiere hombres ungidos, y a menos que usted y yo conozcamos algo de la unción de la cual estoy hablando, no llegaremos lejos en la labor de la evangelización. Esto lo he considerado tan importante que he escrito dos libros sobre el tema.

No es necesario que uno se vuelva fanático. Hay una experiencia intermedia, una postura

biblica que uno puede asumir, una experiencia bien establecida en la Palabra de Dios y reconocida por los hombres de Dios a lo largo de los siglos; y esa experiencia podrá ser suya. Si quiere contar para algo en el servicio a Dios, usted se asegurará de tener esa experiencia y se asegurará de ser un hombre ungido.

No importa si usted se va a países extranjeros, o si se queda trabajando entre los incrédulos en su patria, en cualquiera de esos casos, usted debe conocer por experiencia la unción del Espíritu Santo. Si no, su ministerio padecerá de una falta de poder y logrará muy poco. Si quiere que Dios lo use, si quiere que gracias a su ministerio haya almas que se convencen de pecado y se salvan, entonces aguardará hasta ser investido de poder de lo alto. Entonces llegará a ser un hombre ungido.

Un ministerio caracterizado por una expectativa de fe

En cierta ocasión Carlos H. Spurgeon envió a sus alumnos a que realizaran reuniones evangelísticas al aire libre en las calles de Londres. Día tras día volvían a informar de los resultados. Algunos tenían éxito, otros no. Un día se acercó al señor Spurgeon un joven que tenía pocos dones o talentos; traía una cara de desilusión, y dijo:

Señor Spurgeon, no puedo entender por qué no logro ganar almas para el Señor Jesucristo. He estado participando en estas reuniones al aire libre; he predicado fielmente el evangelio y estoy haciendo todos los esfuerzos posibles, pero parece que hay poca o ninguna respuesta a mis invitaciones.

Spurgeon se quedó mirando al joven por unos instantes, y luego le dijo:

- ¿Quiere decir que tiene la expectativa de que el Dios Todopoderoso salve almas cada vez que usted predica?

El joven se quedó pasmado.

- Pues no - repuso -; supongo que no. Claro que no; difícilmente podría yo tener esa expectativa. Todavía no he terminado mi formación, y yo no tengo tantos dones y talentos como otros. No; ya veo que estoy equivocado, yo no debía tener esa expectativa.

- ¡Pues entonces - exclamó el señor Spurgeon -, precisamente por eso es que usted no ve ningún resultado !

El joven no tenía la expectativa de la fe, y la Palabra de Dios dice: "Como creíste, te sea hecho." Si uno no espera resultados, no los obtendrá.

Amigo, si usted no tiene la expectativa de ver resultados, no los verá. Repito la cita: "Como creíste, te sea hecho." Usted debe llegar al púlpito para predicar el evangelio con la expectativa de la fe. Debe estar tan seguro de ver resultados cuando comienza a predicar como lo está cuando ve a hombres y mujeres que se acercan por el pasillo para aceptar a Jesucristo como Salvador.

A lo largo de los años de mi ministerio, he hecho muchas veces la invitación. No logro entender cómo puede haber un pastor que se contente con predicar el evangelio, pronunciar la bendición final e irse a su casa sin haber visto ocurrir nada. Me parece que después de haber servido la comida en la mesa, debo darle a la gente la oportunidad de acercarse y participar de ella; y que si no lo hago, estoy dejando fuera de mi ministerio algo vital.

Domingo tras domingo he invitado a hombres y mujeres incrédulos, así como a los que se habían alejado del Señor, a que se acerquen y acepten a Cristo; y casi no puedo recordar ningún domingo por la noche, en todos los años de mi ministerio, en que no haya visto resultados. Noche tras noche los he visto recorrer los pasillos, ponerse de pie al frente y luego ir con los líderes personales para recibir ayuda individual. Cuando no pasa nada, me quedo sorprendido. Si yo predicara un mensaje del evangelio, hiciera una invitación y no viera responder a nadie, me quedaría estupefacto. Tengo la expectativa de ver resultados.

No quiero decir que todos los que se han acercado se hayan salvado; pero tengo razones para creer que al menos algunos han encontrado a Jesucristo y son ahora hijos de Dios. Cuando llego al púlpito, Dios parece darme esa expectativa de la fe a la que he estado refiriéndome, de modo que sé perfectamente bien que cuando haya concluido mi mensaje y haya extendido la invitación, habrá quienes respondan. Creo que si no pudiera ver resultados dejaría el ministerio.

¿No es cierto que un abogado espera un veredicto? No habla para entretener a los demás. Les habla a los jueces para obtener una sentencia; y si no logra un veredicto, su apelación ha fallado. Lo mismo debería ocurrir con el predicador del evangelio, con el evangelista. Debiera tener la expectativa de que haya un veredicto. Debiera lograr resultados. Si no, es que algo anda mal. Repito que su ministerio debiera caracterizarse por la expectativa de la fe.

Un ministerio consagrado a la gloria de DIOS

Amigo, si usted está desempeñando su ministerio por cualquier otro propósito que no sea la gloria de Dios, no servirá de mucho. Si usted es evangelista por lo que puede sacar de eso, si usted está predicando para enaltecer su propio yo, si usted quiere una vida cómoda, si usted anda en busca de dinero o de fama, podrá ver algo de éxito exterior, pero nunca experimentará la bendición de Dios. Si usted tiene alguna otra motivación que no sea la gloria de Dios, no podrá esperar la clase de resultados que Dios quiere dar. Su ministerio debe ser para la gloria de Dios.

Si ése no es su propósito, entonces, si yo fuera usted, me arrodillaría ante Dios y me humillaría hasta que todo mi egoísmo quedara eliminado. Le pediría a Dios que me quebrantara para poder glorificarlo a El. Porque a menos que usted ponga primero la gloria de Dios, será un triste fracaso. Nunca logrará nada que realmente valga. Si usted vive resuelto a complacerse a sí mismo, Dios no honrará su ministerio. Usted debe quebrantarse para que El lo use. De otro modo, tarde o temprano, habrá un desastre.

No ha habido jamás un hombre que haya sido usado por Dios, sino hasta ser quebrantado, hasta que haya muerto a sí mismo y hasta que esté viviendo sólo para Dios. El yo debe ser quitado de en medio. Usted no debe andar en búsqueda del honor y de los elogios para usted mismo; usted no debe jactarse de las muchedumbres que asisten, ni de las decisiones por Cristo que se toman, ni de los artículos que se escriben en los periódicos acerca de usted. Usted debe gloriarse sólo en Dios. A menos que El sea engrandecido en su obra de evangelización, su trabajo será en vano.

He tratado de confrontarlo a usted con los once requisitos que Dios me ha revelado. Permítame sugerirle que los repase uno por uno, y luego pídale a Dios que examine su corazón. Estoy seguro de que usted quiere que El lo use, de que quiere tener éxito como evangelista, y de que tiene ansias de ver el avivamiento. Entonces enfrente los prerrequisitos tales como se los he esbozado, y deje que Dios le hable. El quiere usarlo. El quiere bendecir el ministerio de usted. Pero si hay estorbos en el camino, El no podrá bendecirlo; y a cada uno le toca quitar esos obstáculos. El avivamiento llega cuando se han reunido las condiciones.

Capítulo 3 La evangelización en acción (Primera parte)

Tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos se considera a Carlos G. Finney como el más grande predicador de avivamientos de todos los tiempos. Jamás ningún hombre logró tanto en tan poco tiempo. Resultados así no se habían alcanzado desde los tiempos del apóstol Pablo. Nadie que valore su propia reputación soñaría jamás con poner en duda la obra de Carlos G. Finney. Por eso, al hablar de la evangelización en acción, vamos a considerar ante todo el ministerio milagroso de ese gran predicador de avivamientos. Posteriormente nos referiremos también a otros.

Lo primero que debemos señalar con referencia a la evangelización que realizaba Finney es que dondequiera que él iba, la religión se convertía en el principal tema de conversación. Todo el mundo se ponía a hablar de los avivamientos. A todos les interesaba lo que estaba sucediendo bajo el liderazgo de ese hombre de Dios.

Campañas demasiado breves

Finney no creía en campañas breves. Tal vez sea esa la razón por la que hoy día no estamos obteniendo los resultados que deberíamos. No le damos a Dios la oportunidad. Finney, adondequiera que iba, se quedaba hasta que ocurriera algo. Permanecía allí hasta que estallara el avivamiento. Por eso sus campañas eran frecuentemente bastante extensas. Por ejemplo, en la ciudad de Filadelfia se quedó durante un año y medio, efectuando sus reuniones noche tras noche, predicando el evangelio de Jesucristo, y trabajando arduamente hasta que estalló el avivamiento y la ciudad fue conmovida por Dios.

Usted recordará que Pablo seguía el mismo método. Fue a la ciudad de Corinto y permaneció allí durante un año y medio. Después fue a Efeso y allí pasó tres años enteros enseñando, hasta que todo el territorio hubo sido evangelizado, hasta que Dios hubo conmovido a la región entera y un poderoso avivamiento hubo invadido toda la provincia de Asia.

Hace ya muchos años, cuando di inicio a mi trabajo en Toronto, mi primera campaña duró seis meses. Semana tras semana yo llevaba evangelistas a la ciudad y realizaba las reuniones, día tras día. El evangelio se proclamó todas las noches hasta que pasaron seis meses. Hasta los sábados se predicaba. Ese fue el cimiento sobre el cual edificamos nuestra obra. Durante esos meses Dios actuó de un modo poderoso, y los resultados han continuado hasta hoy. Yo no tenía problemas en lograr que el coro asistiera todas las noches. Los ujieres y consejeros estaban en sus puestos. Los guerreros de oración cooperaban. Todo el mundo estaba interesado en la obra.

Creo que una de las razones por las que hoy no tenemos avivamiento es porque nuestras campañas son demasiado breves. No le damos al Espíritu de Dios el tiempo suficiente para que actúe. Tiene que haber tiempo para la siembra de la semilla, y luego para la recolección de la cosecha. A veces la convicción de pecado no se da tan fácilmente, y andamos demasiado apresurados. Estamos ansiosos por ver una cosecha antes que la semilla se haya echado en la tierra, cosa que, por supuesto, es imposible.

Resultados asombrosos

Cuando Finney fue a Rochester se quedó allí hasta que realmente estalló el avivamiento, hasta que algo ocurrió; y ahora quiero hablar de lo que ocurrió en esa ocasión.

En la ciudad sólo había un teatro, y ese teatro fue clausurado definitivamente, a consecuencia del avivamiento. Las tabernas estaban casi totalmente desiertas, por lo poderoso que era el avivamiento. La delincuencia desapareció casi por completo, de modo que los tribunales tenían muy poco que hacer. Las cárceles se

vaciaron... ¡Imaginémonos lo que significaría eso hoy, cuando nuestras cárceles están atestadas! ¡Qué maravilloso sería si los presos alcanzaran la salvación y las cárceles quedaran vacías!

En cambio, los templos estaban colmados de gente hasta más no poder. No había necesidad de gastar dinero en anuncios caros para informar sobre los cultos. Los templos se llenaban automáticamente, y se llenaban al máximo de su capacidad. Y eso siguió así por muchos meses. A la gente le costaba mucho trabajo encontrar asientos en los templos. Como vemos, todo el mundo estaba interesado en el avivamiento.. La religión se había convertido en el tema principal de conversación: no la política sino la religión. No el tiempo y la situación internacional, sino el avivamiento. Ese era simplemente el único tema de conversación. Y así debiera ser hoy. El avivamiento debe ser tan poderoso que todo el mundo hablara de él.

Además, se llegaba a todas las clases sociales. No sólo las clases humildes sino también las altas; ricos y pobres; niños y adultos; borrachos, intelectuales, eruditos, dirigentes de la sociedad, abogados y jueces, banqueros y médicos, escépticos y burlones. No hubo ni un solo grupo social que no recibiera la influencia del avivamiento. La mayoría de los dirigentes de la sociedad recibieron su impacto, y muchos de entre los más cultos llegaron a los pies del Señor Jesucristo. Hasta los burlones se salvaron. Dios actuó de un modo extraordinario, de modo que fueron alcanzados todos los estratos de la sociedad en la ciudad entera.

Se hicieron restituciones; se pagaron deudas; se cumplieron obligaciones. Eso siempre sucede cuando hay un avivamiento auténtico. Lo he visto una y otra vez. Los que no habían estado en buenos términos con sus semejantes se han arreglado con ellos. Se han puesto a derecho con aquellos a quienes habían ofendido. Han pagado sus deudas. Estar en buena relación con Dios es estar en buena relación con los hombres, y estar en malos términos con los hombres es estar en malos términos con Dios. En todo avivamiento debe darse la restitución, y siempre habrá restitución porque si no el avivamiento no es auténtico. La restitución es uno de los resultados naturales del movimiento del Espíritu de Dios en una comunidad humana. Por ejemplo, cierto hombre devolvió treinta mil dólares como resultado directo del avivamiento de Finney. Hoy día eso equivaldría como a ciento cincuenta mil dólares... y fue pagado dentro del término de seis semanas. El avivamiento genera disculpas y reconciliaciones.

Otro resultado admirable fue el reclutamiento de hombres para el ministerio y para las misiones. No fue necesario rogarles a los jóvenes que entregaran su vida a Dios, ni suplicar que se ofrecieran como voluntarios para ir a las regiones lejanas. Como resultado directo del poderoso avivamiento iniciado por Finney, por todas partes surgieron jóvenes que ingresaron al ministerio y llenaron los púlpitos vacantes de las iglesias, y también hubo quienes se ofrecieron para ir como misioneros a llevar el mensaje de la salvación de Dios a quienes vivían en las tinieblas y en las sombras de la incredulidad. Es cuando no hay avivamiento que se hace difícil conseguir hombres que ingresen al ministerio o que vayan al campo misionero; pero siempre que está en acción el Espíritu de Dios surgen muchos hombres dispuestos.

Conversiones

Se ganaron muchos conversos. Eso siempre sucede cuando hay verdadero avivamiento. Por ejemplo, cuando Finney estaba efectuando su gran campaña en la ciudad de Filadelfia, por casualidad llegó a la ciudad un grupo de leñadores. Esos leñadores experimentaron la salvación de un modo maravilloso y glorioso. Regresaron a los bosques y, como consecuencia de] testimonio que allí dieron, no menos de cinco mil leñadores llegaron a los pies del Señor Jesucristo.

En una de las reuniones de Finney hubo hasta dos mil personas que profesaron la conversión. ¿Alguna vez ha oído algo así? ¡Qué obra tan milagrosa de la gracia! Imagínese eso: dos mil convertidos en un solo culto. ¿En qué lugar pasan cosas así en nuestros días?

El día de Pentecostés, tres mil almas se añadieron a la Iglesia por la predicación del apóstol Pedro. Poco después el número había aumentado a cinco mil. Y lo que Finney vio fueron dos mil. ¿No fue eso un nuevo Pentecostés? Y recordemos que esos conversos no se limitaron a firmar tarjetas, no se limitaron a levantar la

mano, no se limitaron a ponerse de pie y pasar al frente; sino que fueron salvados de un modo definitivo y glorioso. Habían nacido de nuevo, dos mil en una sola reunión.

En cierta ocasión Finney predicó en un templo anglicano, y el párroco de la iglesia dio testimonio de que mil quinientos miembros de su iglesia se habían convertido firmemente como resultado de esa única reunión. Piensen en lo que significa que mil quinientos miembros de una iglesia pasen de la muerte a la vida en un solo culto.

Un día Finney fue a una fábrica de algodón en algún lugar de los Estados Unidos, y predicó un solo sermón; y como consecuencia casi todos los que estaban en la fábrica llegaron a la fe en el Señor Jesucristo.

Cuando Finney cruzó el Atlántico para llegar a Gran Bretaña, los resultados fueron los mismos. Dondequiera que iba había grandes multitudes, y por todos lados. estallaba el avivamiento, igual que en los Estados Unidos. Voy a darles un solo ejemplo.

Finney estaba en Londres. Estaba predicando en el Tabernáculo de Whitfield. Durante varias semanas estuvo predicándoles solamente a los creyentes; ni una sola vez predicó a los que no conocían al Señor. No hizo ni una sola invitación. Así fue pasando una semana tras otra. Noche tras noche, él proclamaba el mensaje a los que ya habían profesado la conversión. Y después, ya al final, se acercó al pastor de la iglesia y le pidió una sala donde los consejeros pudieran atender individualmente a las personas.

El pastor le ofreció una sala donde cabían tal vez unas cuarenta personas. Finney se quedó mirándolo, estupefacto, y dijo:

"Pero no; lo que yo quiero es un salón donde quepan varios centenares de personas."

Entonces fue el pastor el que se quedó estupefacto. Era muy escéptico, pero para hacerle una broma a Finney, y sin soñar jamás con lo que iba a suceder, le dio un salón, como a una cuadra del tabernáculo, que tenía asientos para mil quinientas personas. Finney lo aceptó.

Esa noche, cuando hizo la invitación -y recordemos que era la primera vez que la hacía -, pidió que todos los que estaban preocupados por la salvación del alma caminaran hasta el auditorio a una cuadra del tabernáculo. Cuando Finney mismo llegó al salón, lo encontró de bote en bote. No habla ni un solo asiento vacío. Por todos lados había gente de pie, y esa noche cientos y cientos de personas pasaron de la muerte a la vida y nacieron de nuevo gloriosamente. A partir de ese día, hombres y mujeres en todas las Islas Británicas comenzaron a llegar a Cristo por multitudes, porque el avivamiento estalló por todas partes.

¿Sabe usted que en una sola semana, no menos de cincuenta mil personas aceptaron a Jesucristo como su Salvador personal durante los días del avivamiento de Carlos G. Finney? Hágame el favor de imaginárselo: cincuenta mil en sólo siete breves días. Ese fue un movimiento poderoso del Espíritu de Dios, que no se ha repetido desde entonces. ¿Cuándo, me pregunto, lo veremos otra vez? ¡Ay, si en nuestros días viéramos esos resultados! Se dice que en el término de diez años durante la labor de Finney en los Estados Unidos, doscientas mil personas pasaron de la muerte a la vida. ¡Vaya un récord!

No hay nada que en nuestros días nos haga tanta falta como un avivamiento poderoso, una nueva manifestación del Espíritu de Dios. Los que sienten que lo necesitan menos son quienes lo necesitan más. Iglesias, universidades, institutos bíblicos y seminarios que creen que pueden seguir su camino sin un avivamiento son precisamente los que lo necesitan. Los resultados que he mencionado no se pueden obtener fuera de un avivamiento.

Inscritos en las iglesias

No sólo se ganaron conversos, sino que éstos se inscribieron en las iglesias. Si eso no sucede, la evangelización falla el blanco por completo. Los que son llevados a los pies de Jesucristo deben ser puestos a trabajar en alguna parte. Deben hacer algo bien claro por su Salvador.

Pensemos por ejemplo en Gales, y en el avivamiento que tuvo lugar en ese país bajo la obra de Evan Roberts. ¿Sabe usted que en ese breve período de cinco semanas no menos de veinte mil personas se unieron a las iglesias de Gales? ¡Qué resultados tan milagrosos! Me pregunto: ¿Qué pasaría en Estados Unidos y en otros países si en cualquier ciudad hubiera veinte mil personas que se unieran a las iglesias en un período de cinco semanas?

Se afirma que cuando Carlos G. Finney comenzó su obra evangelística en los Estados Unidos de América, en todo el país sólo habla doscientos mil miembros de iglesias; pero cuando terminó, pocos años después, había tres millones de nombres en las listas de las diversas iglesias del país.

Nunca antes en la historia del mundo se habían presentado tales resultados. Dios usó a Finney para lograr más de lo que habrían logrado, todos los pastores estadounidenses juntos durante ese mismo período. Estamos poco conscientes de lo mucho que le debemos a Finney. Eso es a lo que me refiero cuando hablo de evangelización en acción. Esa es la clase de evangelización por la que oramos, la evangelización que anhelamos ver. Cuando se me acercan los periodistas y me preguntan:

¿Cuál cree usted que sea la gran necesidad de nuestro tiempo?

Siempre contesto sin titubear ni un instante:

- Una manifestación bien fuerte del poder de Dios.

El doctor Henry Ward Beecher comentó lo siguiente acerca de la obra de Finney en los avivamientos:

- Esa fue la mayor obra de Dios y el mayor avivamiento religioso que el mundo ha presenciado en un tiempo tan corto.

Esa afirmación es de suma importancia. Que Dios ¡los permita ver eso otra vez. ¡Ay, si surgiera otro Finney!

Capítulo 4 La evangelización en acción (Segunda parte)

¿Alguna vez ha visto usted el avivamiento? Yo sí. Fue en los campos misioneros rusos, en Europa. Pero ahora quiero contarles algunas de mis experiencias en Polonia, Letonia, Australia y Jamaica. Como resultado de ellas se revolucionó todo mi ministerio. Pero permítanme describirlas. Voy a citar mi diario.

Polonia.

"En carretas polacas, sin resortes, viajamos hacia el interior pasando por espesos bosques. Finalmente llegamos a nuestro destino, y las lágrimas corrieron con libertad cuando los conversos nos rodearon.

"En todas las reuniones estaban presentes dos policías con fusiles cargados y bayonetas ajustadas, para vigilar y escuchar. Al aire libre se habían colocado mesas largas, en las cuales se nos sirvieron gruesas rebanadas de pan negro y arenque crudo, huevos duros y miel silvestre. Incontables moscas pululaban encima de la comida. Esa noche las mujeres durmieron en el granero, y los hombres, unos junto a otros como sardinas, sobre montones de heno en el desván. Eramos como cien.

"El domingo por la noche, una poderosa ola de avivamiento recorrió el auditorio, de modo que cientos de personas cayeron rostro en tierra y lloraron ante el Señor. Hombres robustos sollozaban en voz alta y con rostro angustiado miraban hacia el cielo, rogando a Dios que los perdonara y los acogiera.

"Al pasar a otro sector de Polonia, encontramos el templo tan lleno de gente que tuvieron que abrirme paso a empujones para poder llegar al púlpito. Al concluir el mensaje se oían sollozos por todas partes, y pronto un buen número de personas habían llorado hasta llegar al Calvario. Después dieron testimonio, con rostro radiante, del gozo que habla ahora en su corazón. Algunos hablan viajado más de trescientos kilómetros, en carreta, para poder llegar. Me contaron que por lo menos cinco mil almas se habían salvado durante los cinco años anteriores.

"Con gran dificultad nos abrimos paso a través de la multitud. ¡Qué panorama tan impresionante era aquel mar de rostros en el auditorio y allá arriba en la aglomerada galería! En los pasillos había decenas de personas de pie, y no iban a tener cómo sentarse durante las siguientes tres horas por lo menos. Afuera estaba lloviendo a cántaros.

"¡Cuánto quisiera poder describir sus cantos! Cuando unían sus voces en sus grandes cantos de avivamiento, yo sentía como si el cielo mismo se inclinara para escuchar, y me preguntaba si incluso las huestes angélicas podrían alabar y enaltecer al Señor con más fervor.

"Al concluir el mensaje sentí el impulso de orar y, cuando lo hice, pareció como si una marejada de bendición irrumpiera sobre el público. Primero un solo sollozo, luego otro y otro, más, hasta que por fin se perdieron las expresiones individuales en medio de los gemidos y llantos que estallaron en toda la congregación. Cuando abrí los ojos vi el rostro de docenas de personas, con las lágrimas corriéndoles por las mejillas, quebrantadas y ablandadas por el Espíritu de Dios.

"Ya no necesitaban que se les exhortara ni que se les rogara. Lo único que tuve que hacer fue dar una palabra de invitación, y respondieron por veintenas. No había espacio en el altar, y aunque lo hubiera habido habría sido imposible que se movieran de donde estaban, por lo denso que era el gentío. Pero comenzaron a levantar la mano y a dar todas las evidencias posibles de que estaban respondiendo de todo corazón. No sé cuántos entraron esa noche en el reino de la luz. No podría decir cuántos abrieron su corazón y recibieron el Espíritu Santo en su plenitud. Pero lo que sí sé es que Dios obró, y obró poderosamente. ¡Gloria a su nombre!

"En Luck las reuniones estaban de bote en bote. El salón era demasiado pequeño. No sólo estaban aglomerados los pasillos y las salas laterales, sino que mucha gente no pudo ni siquiera entrar en el local. Cuando vimos la muchedumbre tomamos la decisión de alquilar el salón más grande de la provincia, un

auditorio espléndido con dos galerías, una de ellas allá al fondo encina de la primera. Pero también ese auditorio se llenó - pasillos, entradas y todo -, y eso que era por la mañana.

"Una quinta parte de los presentes eran judíos. ¡Qué experiencia! Judíos que escuchaban con ansia el mensaje. La gente estaba asombrada por lo callados que estaban, pero no hubo ningún tipo de interrupciones. Prácticamente se tragaron el mensaje. Sí, hoy día los judíos están dispuestos a escuchar el mensaje, por lo menos en Polonia. Jamás olvidaré sus rostros atentos, mientras estaban allí de pie o sentados durante tres horas, como fascinados. En el último culto, el lunes por la mañana, unas setenta y cinco personas respondieron a la invitación de aceptar a Cristo como Salvador personal; no sé cuántas de ellas serían judías.

"Y entonces comenzaron a cantar en ruso el himno 'Salvado'. Una y otra vez se cantó la alegre proclamación: 'Salvado gracias a Cristo'. Dudo que los judíos puedan olvidarlo.

"Así concluyó mi labor entre los rusos de Polonia, esa Polonia que poco después había de ser devastada por la guerra. ¿Qué habría pasado si yo hubiera desobedecido a la visión celestial? ¿Cuántos de los que después fueron ejecutados no habrían escuchado jamás el evangelio?"

Letonia

"¡Qué vista acarició mis ojos! Hombres y mujeres de pie por todos lados, por centenares. La noticia había corrido como un incendio. Por fin me puse a predicar, y el pastor Fetler traducía. El culto continuó durante casi cuatro horas. Veintenas de personas se arrodillaron ante el altar, llorando, orando y confesando sus pecados. Había más de tres mil personas presentes, y estaba lloviendo.

'Lleno de admiración recorrí con los ojos el numeroso auditorio. No sólo estaban llenos los bancos, sino que el gran pasillo central estaba sencillamente atestado de gente de pie. Otros estaban apiñados contra las paredes de uno y otro costado, mientras que muchos estaban de cuclillas al borde del estrado. Desde allá arriba en la galería, muchísimas personas miraban hacia abajo. Jamás olvidaré esa escena. ¡Qué campo misionero! ¡Qué a punto está la cosecha! Pero ¿dónde, si, dónde están los segadores?.

"A la mañana siguiente efectuamos nuestro culto en una de las iglesias, donde hablé acerca del Espíritu Santo. Hacia el final una mujer pasó con rapidez al frente para pedir perdón a dos personas a quienes había ofendido. Veintenas de personas se arrodillaron frente al altar llorando y orando, absolutamente inconscientes de quienes los rodeaban. Se confesaron muchos pecados, y se derramaron muchas lágrimas de dolor. Se me conmovió hondamente el corazón al escuchar la voz llorosa de hombres y mujeres que buscaban a Dios. El Espíritu se movió sobre todos los corazones aquella mañana, y durante casi cuatro horas el culto continuó con intenso fervor.

"Posteriormente prediqué en el teatro más grande, y lo encontré lleno hasta más no poder. ¡Era un mar de rostros! Busqué los pasillos, pero no pude encontrar ninguno. La gente estaba de pie en ellos, desde el frente hasta atrás. La galería estaba llena de gente. Muchos se vieron obligados a permanecer de pie durante todo el culto. ¡Qué oportunidad! ¡Y qué libertad, qué gozo! Concluí mi mensaje a las nueve, pero el Pastor Fetler continuó la reunión hasta las diez y media. Nadie se fue para la casa. Allí se quedaron, saboreando cada palabra que oían.

"Cuando por fin se hizo la invitación, llegaron unos cuarenta y se arrodillaron en el escenario. Una niña, hondamente convencida de pecado, se puso a gritar diciendo que no podía tener fe. Un hombre que se había alejado de la fe regresó a ella. Finalmente a todos se les ayudó, y regresaron al auditorio con el rostro radiante. Todavía continuaba allí la enorme congregación.

"Cuando llegamos por la noche al gran salón, lo encontramos atiborrado de gente; la galería también estaba llena, y el pasillo atestado. Habían llegado a pesar de ser una fría noche de invierno. En el edificio no había calefacción. Prediqué con mi abrigo de piel. ¡Y cómo escuchaban! Pero no íbamos a poder hacer una invitación; no había espacio en el frente. Despedimos al numeroso público y convocamos a los que quisieran quedarse a una reunión adicional. Pero ni siquiera la mitad de la gente se fue. El auditorio siguió casi lleno.

Había que hacer algo más. Entonces despejamos cincuenta asientos en el frente, e hicimos la invitación. En un instante se llenaron, y otros que llegaron tuvieron que permanecer de pie. Fue una escena gloriosa, inolvidable. Hombres y mujeres se entregaron a Cristo con toda libertad y llenos de gozo. La reunión concluyó a las once y cuarto de la noche.

"Alquilábamos los salones más grandes que se podían conseguir, pero asistían tales muchedumbres que muchos tenían que irse. Colmaban los pasillos, se sentaban en los marcos de las ventanas, se quedaban de pie en el estrado, se amontonaban en todos los rincones: una inmensa y creciente masa de hombres, mujeres y niños, siempre en movimiento, siempre inquietos.

"¡Ah, qué multitudes! ¡Jamás podré olvidarlas! ¡Qué legiones de personas! ¡Qué grande la cosecha, y cuán pocos los segadores! ¡Vaya campo misionero! Llenan hasta el colmo los salones de nuestras misiones, y son fácilmente accesibles.

"Así es el campo misionero virgen que he visitado. Mi corazón se ha conmovido; mi alma se ha cargado. Con mis propios ojos he visto esas multitudes incontables, y me han conquistado. Quisiera Dios que yo pudiera pasar meses enteros viajando de un punto a otro por toda la región de Latgalia, llevando el mensaje a decenas de millares de personas que todavía no lo han escuchado. He recibido cientos de cartas de gratitud de los conversos.

"Ahora que he regresado a casa, siento que vuelvo a ver las muchedumbres ondulantes, los pasillos atestados y los bancos apretados. Vuelvo a escuchar los cantos lastimeros y las oraciones fervientes de la gente, y siento de nuevo la presión de sus manos que me ruegan que me quede con ellos. Y al recordar sus rostros tristes, manchados por las lágrimas, estoy consciente como nunca antes de lo que sentía el Maestro cuando miraba con compasión a las pobres multitudes de la antigua Judea, hace mucho tiempo."

Australia

"¿Cómo podré describir el culto en el Teatro Lyceum? Era una multitud: llenaban los pasillos; estaban sentados en las gradas y de pie donde pudieran; y de allí se desbordaban hasta la capilla, donde escuchaban por medio de altoparlantes. ¡Y qué resultados! Hubo setenta y cinco personas que recorrieron los pasillos para ir a las salas donde recibirían ayuda personal. Los líderes estaban saturados de trabajo. ¡Qué estallido! Una fuerte convicción de pecado.

"Bajo el titular 'Hubo un gran aguacero', Tire Methodist, uno de los principales periódicos de Australia, publicó un reportaje de la reunión que me torno la libertad de citar: 'El autor ha asistido a muchas grandes reuniones religiosas de diversas clases, pero no recuerda nada tan maravilloso como el culto de la noche del domingo pasado, cuando el doctor Oswald J. Smith, de Canadá, tuvo a cargo el sermón. Probablemente nunca ha habido en el Lyceum una multitud más numerosa escuchando a un predicador, y en esa ocasión los que no cabían se ubicaron en la Capilla Wesley, donde unos amplificadores hicieron posible que ese numeroso grupo participara también del culto.

"Se había suscitado gran expectativa al circular informes del éxito del doctor Smith en otros cultos, y todos los presentes manifestaban un agudo espíritu de ansia. Se realizó una sesión de cantos mientras el público esperaba el inicio del culto. Durante toda la reunión hubo muchísima gente de pie. Cuando se hizo la invitación, en una forma ortodoxa, la respuesta fue inmediata y casi abrumadora. Los ujieres trabajaban orientando a los interesados hacia las cuatro salas, dos para mujeres y dos para hombres. A cada interesado se le ayudó personalmente, y la obra siguió adelante con gran poder. Había lágrimas en la mayoría de los rostros."

Jamaica

Un testigo ocular da el siguiente informe que cito palabra por palabra:

"Cuando el doctor Smith dio la invitación en su reunión inicial el domingo por la noche en Kingston, por un momento pareció que una avalancha había invadido el teatro. Hombres, mujeres y niños comenzaron a recorrer los pasillos para ir a aceptar a Cristo. Venían como un ejército, algunos de la primera galería, muchos de la segunda, y veintenas de la platea. Eran una corriente continua que subía las gradas, cruzaba el estrado y entraba en las salas. Cada líder tuvo que aconsejar como a doce personas, de lo muchas que eran. No fue necesario exhortarlas ni rogarles. El movimiento fue espontáneo. Con el rostro serio y los ojos humedecidos por las lágrimas, acudieron en masa hacia su Salvador.

"Hay quienes dicen que nunca habían presenciado una explosión como esa en Jamaica. Cuando llegó el evangelista, el enorme auditorio, con sus grandes palcos, estaba tan lleno que uno se asfixiaba. Hasta el gran estrado estaba lleno de gente. Varios centenares se quedaron sin poder entrar. Alrededor del teatro y en el parque cercano había multitudes de pie, escuchando el culto y el mensaje por medio de altoparlantes. Tenían una actitud de reverencia y de gran atención. Sólo Dios sabe cuántos se salvaron o se restauraron ese primer domingo por la noche."

Lo que sigue es un reportaje de mi segunda campaña en Jamaica, la cual se efectuó en la gradería del hipódromo:

"El doctor Oswald J. Smith acaba de efectuar una gran campaña en Jamaica, la cual casi se convirtió en un avivamiento. Noche tras noche se reunían las multitudes. Al principio eran cuatro mil personas, pero este número fue creciendo hasta que durante la última semana, según el encargado del hipódromo y muchos otros, había diez mil personas presentes cada noche.

"Un estimado moderado para la última noche es que había quince mil personas. Muchos dicen que eran veinte mil. En esa sola noche se contaron más de cuatrocientas setenta y cinco decisiones. La gradería estaba atestada ya desde una hora antes de que se iniciara el culto. Miles de personas estuvieron de pie todo el tiempo. Jamaica no habla visto nada así en toda su historia, para ningún tipo de reunión.

"Era común ver de ciento cincuenta a cuatrocientas personas abrirse paso a través de la gran multitud, noche tras noche, para ir a aceptar a Cristo. Los líderes personales estaban saturados de trabajo y tuvieron que ayudar a los interesados por grupos. Hubo por lo menos dos mil personas que tomaron la gran decisión pero hubo muchas otras cuyos nombres fue imposible obtener.

"La gente había llenado cada centímetro de espacio en la gradería para sentarse o estar de pie, de modo que no se velan los pasillos. Además, el amplio espacio abierto del frente en el que se hablan colocado asientos estaba lleno también, y habla millares de personas de pie a uno y otro lado. En el campo, fuera de la cerca, había cientos de autos estacionados, llenos de oyentes; y veintenas y veintenas se hablan subido al techo y se habían sentado en él. Jamás en toda la historia de su ministerio el doctor Smith habla predicado a multitudes tan numerosas.

"A fin de orientar a los conversos, fue necesario despejar primero la enorme gradería mientras los interesados esperaban pacientemente en el frente, después de haberle estrechado la mano al evangelista, y luego, subiendo por las gradas, recibían ayuda personal para acercarse a Cristo. A pesar de la gran muchedumbre, hubo un orden perfecto.

"Una estimación moderada sería que la asistencia fue de ciento cincuenta mil durante las dos semanas de la campaña. Venían en grandes camiones procedentes de diversos lugares de la isla. Cada noche estaban allí a las siete, y la mayoría de ellos a las seis. Durante dos horas permanecían de pie, hombro a hombro, casi sin moverse. El periódico comparó el acontecimiento con los días de Wesley y de Whitfield, y dijo que el Hipódromo no había visto antes nada así."

Lo que vi en esos campos misioneros es lo que debemos ver en los Estados Unidos de América y en otros países. Ninguna otra cosa podría resolver los problemas de nuestro tiempo; nada excepto un avivamiento a la antigua. Una y otra vez debiéramos orar así: "Oh Jeltová, aviva tu obra en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer; en la ira acuérdate de la misericordia" (Habacuc 3:2).

Creo que estamos viviendo en los días finales de esta dispensación. Nos aguarda el juicio; el juicio o el avivamiento; la misericordia o la ira. Si no estamos dispuestos a recibir misericordia, entonces debemos aceptar el juicio. Sólo el avivamiento puede salvarnos. Eso es válido para el individuo. También es válido para la Iglesia. No hay alternativa. Así ha sido a lo largo de los siglos, y así será otra vez: juicio o avivamiento.

Hoy día nos hallamos en una encrucijada. Si Dios no envía el avivamiento, tendrá que enviar el juicio. De nosotros depende el que haya de ser juicio o avivamiento. Podemos convertirnos en ministros corrientes del evangelio, o podemos agarrarnos de los cuernos del altar y no darle descanso a Dios hasta que se vuelva a manifestar nuevamente con el tremendo poder del avivamiento.

Capítulo 5 ¿Evangelización o avivamiento? (Primera parte)

¿Cuál es la diferencia entre una campaña evangelística y un avivamiento? ¿Lo sabe usted? ¿Ha diferenciado usted alguna vez las dos cosas? Eso es algo en lo cual debemos tener una opinión clara. Son dos cosas que no se deben confundir.

Una campaña evangelística no es un avivamiento

Usted podrá llamarlo avivamiento, pero eso no hace que sea un avivamiento. Usted puede anunciarlo como tal, pero no por eso será un avivamiento. Usted puede hablar de efectuar un avivamiento, pero lo que usted realmente quiere decir es que va a efectuar una serie de reuniones evangelísticas; porque un avivamiento es algo que uno no puede efectuar.

Uno puede montar una campaña evangelística, pero no puede montar un avivamiento. Una campaña evangelística es algo que puede ser montado totalmente por los hombres. Puede ser organizada y anunciada a cabalidad. Puede estar disponible toda la infraestructura que se necesita: líderes personales, un coro enorme, ujieres y todo lo demás que forma parte de la campaña puede estar allí. Todo eso lo pueden hacer los hombres. Se pueden ganar almas, y probablemente se ganarán; pero después de todo sigue siendo una campaña evangelística.

Ahora bien, una campaña evangelística puede convertirse en avivamiento; pero si comienza como campaña, es probable que concluya como tal. ¡Cuánto quisiéramos que toda campaña evangelística se convirtiera en un verdadero avivamiento!

Una campaña evangelística es un esfuerzo por parte de la Iglesia por ganar para Cristo a los que aun no son salvos

He efectuado campañas evangelísticas en muchos lugares del mundo; pero avivamientos he visto pocos. Vi una especie de avivamiento en los campos misioneros rusos de Europa y también en Australia. Lo volví a ver en la isla de Jamaica. Pero en su mayor parte, la obra que he venido realizando a lo largo de los años en mi ministerio no ha sido la de un predicador de avivamientos. Ha sido más bien la obra de un evangelista.

He efectuado numerosas campañas evangelísticas, algunas de ellas a escala de una ciudad entera, tanto en los Estados Unidos como en Canadá en todo el territorio de las Islas Británicas y también en Australia y en Nueva Zelanda. Pocas de esas campañas han llegado a convertirse en avivamientos. No soñaría con llamarlas avivamientos porque fueron simplemente esfuerzos evangelísticos. Hubo almas que se salvaron, hombres y mujeres perdidos que fueron llevados a los pies del Señor Jesucristo; algo se logró, pero cuando todo terminó había que admitir que aquello no era nada más que una campaña evangelística.

Muchos evangelistas no han visto jamás un avivamiento. Han efectuado campañas evangelísticas durante años, y han visto llegar a Cristo a muchas almas; pero nunca han presenciado un avivamiento. Un hombre puede pasar su vida entera realizando campañas evangelísticas sin haber experimentado una sola vez la alegría de ver un verdadero avivamiento a la antigua.

En una campana evangelística una iglesia hace un esfuerzo por traer almas a Cristo, y por cada esfuerzo de esos le damos sinceras gracias a Dios; pero un avivamiento es algo que la iglesia no puede montar.

Un avivamiento comienza con el pueblo de Dios

No es exacto decir de una campaña evangelística que ella comienza con el pueblo de Dios. La primera noche que se realiza una campaña así, se puede hacer una invitación y puede haber almas que se salvan. El evangelista puede dirigir toda su predicación a los inconversos, en un esfuerzo por ganarlos para Cristo; pero eso no es un esfuerzo de avivamiento. Un avivamiento, como lo he dicho, comienza con el pueblo de Dios. No digo que termine con el pueblo de Dios, porque tarde o temprano, si es un avivamiento auténtico, desembocará en la salvación de almas.

Sólo la vida se puede avivar. Si no hay vida, no hay posibilidad de avivamiento. Por consiguiente, cuando uno sale a ganar almas para Cristo, uno no habla de avivamiento, porque sabe que está trabajando entre personas que no se han salvado, y que están muertas en sus delitos y pecados. No se les puede avivar. Si un hombre está muerto, es imposible avivarlo. Si el fuego se ha apagado, uno no puede avivarlo. Uno puede soplar sobre él tanto como quiera. Puede abanicarlo tanto como quiera. Puede hacer todo lo que esté a su alcance por avivarlo; pero si está apagado y no queda ninguna chispa del fuego, por más que uno se esfuerce nunca lo podrá avivar. Será necesario reiniciar desde el principio el proceso de encenderlo.

Por eso, si las almas están muertas, muertas en sus delitos y pecados, es absolutamente imposible avivarlas. En cambio, si es posible avivar al pueblo de Dios. Allí donde hay vida siempre existe la posibilidad de avivamiento. Los que están realmente salvos, los que realmente han nacido de nuevo y se han enfriado y se han vuelto indiferentes, los que han perdido su primer amor, pueden ser avivados. La obra de un predicador de avivamientos es, ante todo, alcanzar a esas personas, y por medio de ellas a los que aún no se han salvado. La obra de un evangelista es, ante todo, alcanzar para Cristo a los inconversos.

Lo que nuestras iglesias necesitan hoy no es ante todo la evangelización sino el avivamiento, la clase de avivamiento que experimentó Carlos G. Finney. Una vez que se han avivado las iglesias, habrá almas que se salven. Esas conversiones aguantarán la prueba, porque habrá habido una auténtica convicción de pecado y una experiencia genuina.

A veces, como ya lo he señalado, Finney ni siquiera hacía durante varias semanas un esfuerzo por alcanzar a los inconversos. No les predicaba. Dirigía todos sus mensajes al pueblo de Dios. Al final, cuando el Espíritu de Dios había avivado la iglesia, y los cristianos mismos estaban ya encendidos, entonces Dios comenzaba a obrar entre los inconversos, y los pecadores empezaban a preocuparse por la salvación de su alma. Entonces el avivamiento, a su vez, conducía a la evangelización y a la conversión.

Le damos gracias a Dios por cada campaña evangelística que se ha efectuado en la historia, pero lo glorificamos aún más por los avivamientos. Pensarnos en Juan Wesley, Finney, Moody y muchos otros que fueron usados no sólo en la evangelización sino también en los avivamientos, y que fueron conocidos como predicadores de avivamientos además de ser conocidos como evangelistas. Luego pensamos en Billy Sunday, R. A. Torrey, Bob Jones, Billy Graham y muchísimos otros que han sido escogidos por Dios como evangelistas, y que en sus grandes esfuerzos evangelísticos a escala de una ciudad entera han estado llevando a los pies del Señor Jesucristo a centenares y centenares de almas. Por todo eso le damos sinceras gracias a Dios.

Seguimos orando así: "Oh Jehová, aviva tu obra." Esa es una oración que siempre debemos elevar. Si no es la obra de Dios, entonces no puede ser avivada. Tiene que convertirse en obra suya antes que se pueda avivar. Pero si es obra de Dios, entonces Dios puede avivarla.

Un avivamiento es una manifestación del poder de Dios

La Biblia dice: "El poder del Señor estaba presente." ¿Podemos decir eso usted y yo? ¿Está presente El en nuestras reuniones? ¿Conocemos algo del poder del Señor? Dice también: "Todos estaban asombrados del gran poder de Dios." ¿Están asombrados hoy los hombres? ¿Regresa a casa nuestra congregación absolutamente asombrada del gran poder de Dios que se manifiesta en medio de nosotros? ¿Hemos tenido esa experiencia? Eso, amigo mío, es el avivamiento. Es de eso que estoy hablando: una manifestación del poder

de Dios Todopoderoso. En otras palabras, Dios entra en escena, y aparte de la infraestructura, aparte de la organización, aparte de los líderes personales, aparte de todo lo demás, El actúa. Algo ocurre de verdad. Hay una manifestación del poder divino. Eso es, digo yo, el avivamiento.

Un avivamiento siempre produce una profunda convicción de pecado

Así fue en el gran avivamiento irlandés de 1859, y también en las reuniones que realizaba Juan Wesley. Así también ocurrió en los días de Evan Roberts y de Finney; siempre había una profunda convicción de pecado.

Ahora bien, eso no siempre ocurre cuando se realizan campañas evangelísticas. A veces el evangelista tiene que persuadir a las personas a que recorran los pasillos y acepten a Jesucristo como Salvador. A veces los consejeros tienen que discutir con ellos, rogarles, suplicarles, instarlos a que se acerquen. A menudo hay que exhortarlos a que tomen una decisión por el Señor Jesucristo.

Nada de eso sucede en los días de avivamiento. Porque entonces es Dios el que se encarga de exhortar. El Espíritu Santo está en acción y las personas caen de rodillas o van al frente corriendo, haciendo la pregunta del carcelero filipense: "Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?" En un avivamiento no tenemos que rogarles a los hombres y mujeres para que se conviertan; ellos son los que nos ruegan que les mostremos el camino de salvación, porque están bajo una enorme convicción de pecado.

En una campaña evangelística a veces he visto a los hombres recorrer los pasillos sonriendo. En un avivamiento nunca los he visto sonreír. En un avivamiento apenas logran caminar por los pasillos. Se vuelven tan débiles bajo la tremenda convicción de pecado, y tan cargados y angustiados, que apenas pueden tenerse en pie. Las lágrimas les salen abundantemente a medida que le suplican al Señor Jesucristo que tenga misericordia de ellos y los salve.

En el avivamiento irlandés de 1859, las personas se debilitaban tanto que no lograban regresar a sus casas. Hombres y mujeres caían a la vera del camino, y horas después estaban rogándole a Dios que salvara sus almas. Sentían que se deslizaban hacia el infierno y que nada más importaba en la vida sitio el ponerse en buenos términos con Dios, y por eso se ponían débiles y desamparados. Para ellos la eternidad lo era todo. Ninguna otra cosa tenía consecuencia alguna. Sentían que si Dios no tenía misericordia de ellos y los salvaba, estaban condenados para siempre.

Un avivamiento no depende un líder

Cuando uno efectúa una campaña evangelística y predica su último sermón, ¿qué sucede? La campaña concluye, y todo termina. Las reuniones han acabado, y todo queda en el pasado. Pero ¿qué ocurre en un avivamiento? El avivamiento sigue y sigue, con más poder que nunca, cuando el, predicador ya se ha ido. Su presencia no es indispensable.

Un excelente ejemplo es Evan Roberts, de Gales. El llegaba a las reuniones durante algunas noches y decía poco. Por último se levantaba, daba un breve testimonio, y se iba; pero el avivamiento continuaba con poder creciente. Se salvaban más almas que nunca antes. Se realizaban obras mayores después que él se iba que mientras estaba presente. El avivamiento se extendía de un distrito a otro hasta que las iglesias en todas partes quedaban en llamas. Todas ellas estaban llenas de gente hasta el colmo. La gente llegaba a las cinco de la mañana y se quedaba hasta ya avanzada la noche. Durante todo el día, hombres y mujeres lloraban hasta llegar a la cruz.

En otras palabras, el avivamiento no dependía un líder. Evan Roberts podía estar a cientos de kilómetros de distancia. Eso no importaba: el avivamiento seguía de todos modos. Y no sólo seguía en ese centro, sino que se difundía a otros centros hasta que había estallado en los lugares más inesperados, donde Evan Roberts no había estado presente. Un avivamiento no depende del líder.

Los avivamientos no dependen de los sermones

Evan Roberts, como he dicho, no predicaba sermones; simplemente daba su testimonio, y Dios actuaba. Así es en un avivamiento. Ningún hombre puede atribuirse la gloria. No quiero decir que no se prediquen sermones o que no se den mensajes en un avivamiento; claro que sí. Pero el avivamiento arrasará independientemente de los sermones, y todos enaltecerán a Dios.

Eso es lo que estamos pidiendo a Dios ahora en los Estados Unidos. Le estamos pidiendo a Dios que arrase el país entero desde el Atlántico hasta el Pacífico con el poder del avivamiento, que vuelva a llenar nuestros templos hasta el máximo de su capacidad, y que ponga sobre nosotros una carga tal que no descansemos sino hasta que Dios actúe y haya millares que se acercan a su reino. El avivamiento debe arrasar el país como un incendio en la pradera, llevándose todo consigo, sin ningún liderazgo humano, para que sea Dios quien reciba toda la gloria. Eso, amigo mío, es lo que estamos pidiéndole hoy a Dios. Cuando llegue, todo cambiará; la nación entera se transformará; porque Dios puede hacer más en algunas semanas de avivamiento que lo que podemos hacer nosotros en varios años de campañas evangelísticas.

Ahora permítanme dejarles la carga. Ojalá clame usted a Dios así: "Señor, antes de morir, antes que mi ministerio termine y mi obra haya concluido, concédeme ver el avivamiento." Si usted pudiera ver aunque fuera un solo verdadero avivamiento, eso revolucionaría todo su ministerio futuro; usted nunca volvería a ser el mismo. No veo ninguna razón por la cual, en este siglo veinte, no debamos presenciar una vez más una gran manifestación del poder de Dios.

Capítulo 6 ¿Evangelización o avivamiento? (Segunda parte)

En mi última conferencia expuse seis puntos referentes a la evangelización y el avivamiento. Ahora llego al séptimo y último, y quiero extenderme más al tratarlo.

El avivamiento es resultado de un precio pagado

Para que usted y yo podamos ver el avivamiento, tendremos que pagar el precio, y ése precio tiene cuatro aspectos. Todo predicador de avivamientos de quien he oído hablar ha pagado ese precio.

Estar en paz con Dios

En el año 1906, cuando el doctor R. A. Torrey realizó su gran campaña en el Salón Massey, en Toronto, habíamos sacado pequeñas tarjetas impresas, de más o menos dos centímetros y medio de ancho por quince de largo. Estaban impresas en rojo brillante, y todo lo que decían eran estas cinco palabras: ESTE EN PAZ CON DIOS. Esas tarjetitas se esparcieron a millares por toda la ciudad de Toronto, y como iban impresas por ambas caras, no importaba cómo cayeran. Se las hallaba en las calles de la ciudad, en el piso de las tiendas, en los tranvías por todas partes; y a todos los que pasaban, esas tarjetitas les decían en letras rojas muy visibles: "Esté en Paz con Dios." Y sólo Dios sabe cuánta gente fue convencida de pecado y se salvó a consecuencia de eso.

Ahora bien, hay dos formas de estar en paz con Dios. Primero mediante la confesión, y segundo mediante la restitución. La confesión tiene tres fases. Claro, ahora me estoy refiriendo a los que ya son cristianos. Son los cristianos los que deben confesar sus pecados y hacer cualquier restitución que sea necesaria.

En primer lugar, está la confesión privada. Si el pecado se ha cometido contra Dios, y sólo contra Dios, y si nadie más sabe nada al respecto, entonces sólo es necesario confesárselo a Dios.

En segundo lugar, está la confesión personal. Si el pecado se ha cometido contra otra persona, entonces no podrá haber perdón sino hasta que se haya confesado el pecado, no sólo a Dios, sino también a la persona ofendida. Será necesario pedir perdón. Si usted, amigo mío, ha calumniado a alguien, si usted ha trasmitido un cuento sobre alguien, usted tendrá que ir adonde está esa persona, admitir lo que hizo y pedirle perdón. Y recuerde: no importa si el cuento era verdadero o falso; si se ha difundido para dañar a alguien, es algo que usted tendrá que arreglar.

En tercer lugar, está la confesión pública. Si su pecado se ha cometido contra toda la iglesia, o si mucha gente se ha enterado, entonces su confesión tendrá que hacerse en público antes que la falta se pueda enderezar.

En toda mi labor evangelística soy muy cuidadoso en lo referente a la confesión del pecado. No aliento la confesión de pecados privados. Insto a los que han pecado en privado y en secreto a que acudan a Dios, y sólo a Dios, y a que no dañen la vida de otras personas, que no les contaminen la mente confesando pecados que nunca debieran sacarse a la luz. Pero cuando un pecado se ha cometido contra una persona, insisto en que ese pecado le sea confesado a la Persona así como a Dios. Y cuando el pecado se ha cometido públicamente y toda la iglesia lo sabe, sólo una confesión pública será suficiente.

En 1 Juan 1:9 se nos dice: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados." En otras palabras, si los cristianos confesamos nuestros pecados, El nos los perdonará. El es fiel porque El prometió, y es justo porque expió el pecado. Un pecado confesado es un pecado perdonado, y un pecado perdonado es un pecado borrado. Y yo podría añadir que la confesión debe incluir la renuncia: porque a menos que uno renuncie al pecado, éste no será perdonado aunque haya sido confesado.

La razón por la que tantas personas son tibias, frías o indiferentes, la razón por la que hay tantos que no gozan de su salvación, la razón por la que no reciben respuestas a la oración, la razón por la que no tienen testimonio, es que hay algún pecado secreto, algún pecado oculto en su corazón, que nunca se ha confesado. ¿Por qué no confesarlo? Uno no puede esconderse de Dios. El está completamente al tanto. ¿Por qué no hacer una confesión completa a Dios para ser perdonado? Mientras uno no haga eso, Dios no puede hacer absolutamente nada por uno.

Pero para estar en paz con Dios no sólo debe haber confesión de pecados, sino que, como ya lo he dicho, también debe haber restitución. En otras palabras, toda ofensa debe enderezarse. Estar en paz con Dios es estar en paz con los hombres. Estar en mala relación con los hombres es estar en mala relación con Dios. No es posible arreglarse con Dios y seguir en mala relación con el hombre. Para poder estar en paz con Dios, también hay que estar en paz con el hombre.

Tal vez sea necesario presentar una disculpa, y habrá que hacerlo. Tal vez hay alguna deuda que usted nunca ha pagado, y tendrá que pagarla. Dios dice: "No debáis a nadie nada." A los ojos de Dios, la deuda es un pecado y ningún cristiano debe tener deudas. Por lo menos, si se mete en una deuda, debe hacer todo lo que esté a su alcance por salir de ella. Debe cumplir con sus obligaciones, si es posible. No puede estar en paz con Dios sino hasta que esté en paz con sus semejantes. Sólo entonces podrá reposar sobre él la bendición de Dios.

Voy a darle un ejemplo de confesión y restitución. Ocurrió en mi propia iglesia de Toronto, y tuvo que ver con el líder de nuestra Sociedad de Jóvenes. El había estado incurriendo en apropiación indebida de fondos, y nadie sabía nada al respecto. Incluso él mismo pensaba que podía salirse con la suya. Cierta día, en una serie de reuniones evangelísticas, cuando hice la invitación, ese joven, ante el asombro de todos, caminó por el pasillo hasta llegar al frente. Pensé que iba directamente hacia la sala donde estaban quienes lo podían orientar; pero antes de llegar a la puerta se dirigió al frente mismo del auditorio y, volviéndose hacia el público hizo una confesión pública de su pecado. Entonces, con los ojos llenos de lágrimas, después de haber pedido a la gente que lo perdonara, entró en la sala donde hizo su confesión a Dios y fue restaurado a la comunión con El. Posteriormente hizo todo lo que estuvo a su alcance por devolver el dinero que había tomado. Antes de morir pudo dar un magnífico testimonio, porque había satisfecho las condiciones de Dios. Había hecho su confesión. Había restaurado lo robado, y pasó a la presencia del Señor sin llevar condenación alguna en su corazón.

Amigo, uno puede esconder su pecado de los ojos del hombre, pero no puede esconderlo de los ojos de Dios. El esconder un pecado puede ser la razón por la que Dios no lo bendice a uno o no responde a sus oraciones. Esa puede ser la razón por la cual El no está usándolo a uno para su servicio. Hay alguna confesión que nunca se ha hecho, alguna restitución que no se ha atendido. Tal vez usted no ha confesado su pecado ni ha renunciado a él. Usted no se ha arreglado con los hombres y por lo tanto no puede estar en paz con Dios. No puede venir el avivamiento sino hasta que uno esté listo para estar en paz con Dios. Y lo repito: la única forma que conozco para estar en paz es mediante la confesión y la restitución. Que Dios nos dé la capacidad de pagar el precio.

Afanarse en la oración

Repetidas veces me he referido a la oración en conexión con el avivamiento. El afanarse en la oración es de suma importancia. Es una lección que usted y yo tendremos que aprender; porque nunca veremos el avivamiento, nunca prevaleceremos con Dios, sino hasta que sepamos cómo afanarnos en la oración.

Recuerdo que hace años, cuando yo era pastor de la Iglesia Presbiteriana Dale, en Toronto, y cuando nuestras reuniones de avivamiento continuaron durante seis semanas, noche tras noche, sin una sola interrupción, pasábamos en oración todos los días de fiesta. Nos levantábamos temprano, íbamos al salón de oración y orábamos por turnos durante todo el día, con ayuno, una vez tras otra. Pasábamos la mitad de una noche en

oración; veladas enteras. Una y otra vez nos reuníamos para orar. Nos entregábamos a horas enteras de oración.

No es de extrañar que haya habido fuerte convicción de pecado. No es de extrañar que se salvaran almas. Jamás perdíamos oportunidad de orar. Cada vez que se proclamaba un feriado provincial o nacional, nos asegurábamos de que el día completo se pasara en ayuno y oración. Como consecuencia de esto, Dios descendió con un gran poder de avivamiento y, sin necesidad de invitar ni de rogar, hombres y mujeres se acercaban al altar y se entregaban al Señor Jesucristo.

Predicar la Palabra

En la labor de avivamiento, lo que cuenta no son las anécdotas o ejemplos; lo que cuenta no es lo que uno mismo diga; lo que realmente hace la obra es la Palabra de Dios. Vuelvo a recordarles que la Palabra de Dios es un martillo, un fuego y una espada. ¿Qué es lo que hace un martillo? Un martillo quebranta. ¿Qué es lo que hace un fuego? Un fuego quema. ¿Qué es lo que hace una espada? Una espada corta. Y si la Palabra de Dios es un martillo, entonces quebrantará, y puede quebrantar el corazón más endurecido. Si es fuego, entonces quemará. Y si es la espada, entonces cortará y traspasará. Y eso es exactamente lo que hace. Así es como la usa Dios en los días de avivamiento.

En todo avivamiento hay cinco temas que se enfatizan. Primero que todo, el pecado y la salvación. Después, el cielo y el infierno. Y por último, el juicio. Esos cinco temas deben ser proclamados para que se dé, como antaño, la clásica convicción de pecado y la salvación. En primer lugar hay que enfatizar el pecado. No puede haber avivamiento a menos que infundamos una conciencia de pecado en el corazón de hombres y mujeres. Los seres humanos deben darse cuenta de que están perdidos, de que están arruinados, de que merecen el infierno, de que están muertos en sus delitos y pecados, y de que fue su propio pecado lo que crucificó a Cristo. Quiero decir que deben percatarse de todo eso antes que pueda haber verdadera convicción de pecado.

Después el predicador del avivamiento debe enfatizar también la salvación, la solución de Dios al pecado. Y no puede dejar por fuera el cielo y el infierno; porque a menos que los hombres y las mujeres sean enfrentados directamente con la eternidad, a menos que se den cuenta de que hay cuestiones eternas que afrontar, nunca habrá avivamiento. Debemos hablarles acerca del cielo; debemos advertirles acerca del infierno; debemos tratar lo referente a la eternidad.

Y finalmente, el juicio. Hay que enfrentar a los hombres con el juicio del Dios todopoderoso. Deben saber que Dios ha señalado un día en que juzgará al mundo, y que un día de éstos ellos van a tener que comparecer ante su Creador y ser juzgados. Cuando se les aplique personalmente esa tremenda verdad, entonces habrá convicción y avivamiento.

Actuar en el Espíritu

He recalcado una y otra vez la importancia de la unción del Espíritu Santo. Hay dos formas de actuar. Si queremos, podemos llevar adelante nuestra obra en la fuerza de la carne; o podemos actuar en el poder del Espíritu. Actuar en la fuerza de la carne no exige pasión; carga ni afán. Sencillamente exige dones, talentos, organización, infraestructura, estudios, formación. ¡Qué diferencia! Insisto en que tendremos que decidir si vamos a actuar en la fuerza de la carne, o en el poder del Espíritu de Dios.

¿Qué dice Dios sobre eso? Su palabra es ésta: "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos" (Zacarías 4:6). En otras palabras: no mediante el ingenio humano, no mediante la infraestructura, no mediante la organización, sino mediante el poder del Espíritu Santo.

Hay una atmósfera peculiar y misteriosa que se cierne sobre una asamblea cuando un hombre está ministrando en el poder del Espíritu; y esa atmósfera peculiar y misteriosa está ausente cuando ese hombre está

ministrando en la fuerza de la carne. El que sea verdaderamente espiritual podrá discernir entre esas dos realidades.

Ese es, entonces, el precio que hay que pagar. El pueblo de Dios debe estar en paz. Debe estar en paz con Dios mediante la confesión y la restitución. Y, como ya he señalado, eso incluye la renuncia. Debe afanarse en la oración. Debe predicar la Palabra. Y por último, debe actuar en la unción del Espíritu de Dios. Cuando usted y yo paguemos el precio, entonces Dios actuará.

¿Podremos afrontar el desafío? ¿Estamos dispuestos a aceptar las condiciones? ¿Podemos decir "amen" a un precio así? Usted quiere avivamiento. Yo también. Lo quiero en mi propia alma, en mi propio corazón. Quiero el avivamiento en mi propia vida. Lo quiero como individuo, pero ¿estoy dispuesto a pagar el precio? ¿Estoy en paz con Dios? ¿He confesado o pecado del que tenga conciencia? ¿He hecho restitución? ¿He aprendido cómo afanarme en la oración? ¿Estoy proclamando la Palabra Dios? ¿Actúo en el poder del Espíritu Santo? Esas preguntas, amigo mío, hay que contestarlas. Cuando usted y yo hayamos pagado el precio, Dios actuará, porque el avivamiento es el resultado de un precio que se ha pagado.

Capítulo 7 La evangelización en la sala de seguimiento

No hay otro tema tan importante como el que vamos a tratar ahora. Más de una campaña evangelística fracasa por completo debido al mal trabajo que se hace en la sala de seguimiento. La gente no llega a la salvación simplemente por levantar la mano o ponerse de pie. La conversión no se da porque pasen al frente y le den la mano al evangelista o firmen una tarjeta. La mayoría de las personas se salvan después de hacer todo eso. Se salvan en la sala de seguimiento. Ese fue el método de Moody, y no podemos encontrar otro mejor. Lo he seguido durante todos los años de mi labor evangelística.

Ahora permítanme decirles lo que deben hacer a fin de ganar almas en la sala de seguimiento:

Prepararse para obtener resultados

Hay iglesias que nunca se preparan para obtener resultados. He ido a realizar campañas donde no he encontrado consejeros adiestrados, ni una sala de seguimiento preparada. La verdad es que he ido a iglesias donde no se esperaban resultados, y cuando los hubo, la iglesia no estaba preparada para ellos. Así que, ante todo, debemos prepararnos para obtener resultados.

Les sugiero que se preparen para obtener resultados adiestrando a un grupo de consejeros, adiestrándolos con todo cuidado, para que sepan cómo conducir almas a Cristo. Entonces yo diría que debernos preparar una sala para seguimiento o conversación personal. Si yo fuera a preparar una sala así, pondría dos sillas una junto a la otra contra la pared, y luego otras dos lo más lejos posible de las primeras, y así sucesivamente hasta tener sillas puestas por todas partes, listas para el trabajo. Elegirla una sala de seguimiento lo más cercana posible al auditorio principal, para facilitarles a las personas el dirigirse a ella. Designaría un consejero principal para las mujeres, y otro para los hombres. Así estaría preparado para los resultados.

Emplear tacto

Animaría a mis consejeros a asegurarse de no tener mal aliento para no ofender a las personas. Además advertiría a los hombres que deben orientar a los hombres, y las mujeres a las mujeres. Me aseguraría de que no se haga nada que vaya a provocar críticas.

Hacer que el interesado se ponga de rodillas

No permitiría que en la sala de seguimiento se ayude a una persona que está de pie o sentada en una silla, porque entonces la mente se le distraería con todo lo que está pasando. Yo lo haría que se arrodille de inmediato, frente a la pared, para que se le pueda ayudar lo más a fondo posible. He visto que la mayoría de las personas han encontrado la salvación estando de rodillas. Hago énfasis en eso porque el consejero que trató de ayudarme a mí me mantuvo sentado en una silla y no me llevó a ninguna parte. Ese es un error que nunca he cometido.

No discutir

Muchas personas que llegan a la sala de seguimiento tratarán de ponerse a discutir con usted. Le harán las preguntas más imposibles. No trate de responderle a una persona así. Dígale que más adelante abordará esas preguntas. Recuérdale que ha venido para alcanzar la salvación, y resístase a satisfacerle la curiosidad. Una

pregunta siempre conducirá a otra. Si usted se pone a contestar preguntas, pronto se desvanecerá la convicción de pecado y usted habrá fracasado por completo.

Depender del Espíritu Santo

Es el Espíritu Santo el que hace la obra. Sólo El puede redargüir y convertir. Usted no puede hacerlo. Por lo tanto, no exagere al insistir en la necesidad de depender totalmente del Espíritu. A menos que El actúe, no habrá conversión.

Orar mucho

Todo el tiempo que usted esté trabajando debe mantenerse en oración; debe orar en silencio. Ore antes de comenzar. Ore mientras está realizando el trabajo personal. Ore en todo tiempo, porque Dios contesta la oración.

Diagnosticar el caso y aplicar el remedio adecuado

Hay cuatro categorías de personas con las cuales tendrá que tratar usted en su labor evangelística. En realidad, a menudo hago una invitación cuádruple. Primero están los inconversos, después los que se han alejado, después los inseguros, y por último los derrotados. Esas cuatro categorías se hallan presentes en todas las reuniones, y usted debe hacerles una invitación clara y definida a que se acerquen al Señor Jesucristo para que sea satisfecha su respectiva necesidad. Pero se debe instruir a los consejeros sobre cómo orientarlos, porque es al consejero al que le toca diagnosticar el caso y luego aplicar el remedio adecuado.

Ante todo, están los inconversos, los que nunca han conocido al Señor Jesucristo como su Salvador personal, los que no se llaman a si mismos cristianos. A éstos, desde luego, hay que invitarlos a que se acerquen y reciban la salvación.

Después están los alejados, y usted los encontrará en todas las reuniones. Son los que se han apartado del redil. Han perdido su primer amor y se han enfriado en su servicio cristiano. Han descuidado la Palabra de Dios y la oración, y no están dando testimonio. Algunos quizás han retornado al mundo. Hay que restaurarlos a la comunión con Dios.

El tercer grupo es el de los inseguros, los que no saben si son salvos o si están perdidos. No tienen certeza de su salvación. Hoy se sienten salvos, y mañana perdidos. Al no tener esa certeza se hallan en un continuo estado de incertidumbre. Insisto en que usted los podrá encontrar en toda congregación. También a ellos hay que hacerles la invitación, porque no tendrán valor alguno para Dios sino hasta que ellos mismos tengan la certeza de haber pasado de la muerte a la vida.

Y por último están los derrotados, es decir, los cristianos que llevan una vida derrotada. Tienen algún pecado que los acosa. Hay algo que jamás han superado, algo que todavía no se ha vencido. Puede ser algún pecado secreto, algún peso o algún ídolo. Tal vez no sea más que un mal hábito pero en todo caso es algo que le impide a Dios usarlos. No son cristianos victoriosos. Nunca han aprendido el secreto de Dios para la liberación. Una vez tras otra han prometido no fallar de nuevo, pero todas sus resoluciones han resultado vanas. Todo cristiano tiene un pecado que lo acosa, pero todo cristiano puede vivir victorioso. A los derrotados también hay que invitarlos, para que sean puestos en libertad.

Ante todo, el consejero debe diagnosticar el caso. Hay tantos que se limitan a arrodillarse junto a la persona interesada y comienzan a orar por su salvación, sólo para descubrir que eso no era en absoluto lo que la persona andaba buscando. Les digo a mis consejeros que comiencen haciendo preguntas para averiguar

exactamente qué anda buscando la persona. Hay que ubicarla en la categoría correcta. ¿Es un inconverso? ¿Es un alejado? ¿Es un inseguro? ¿Es un derrotado? Como ve, a menos que uno aplique el remedio correcto, no podrá obtener resultados, porque el remedio para el inconverso nunca es el mismo que para el alejado, así como el remedio para el alejado no es el remedio para el derrotado. Hay que saber recetar, y a menos que se conozca la enfermedad no podrá recetarse acertadamente.

¿Cuáles son, entonces, sus recetas? ¿Qué sugiere usted para el inconverso? ¿Qué remedio tiene para el derrotado? ¿Qué remedio tiene para el inseguro y para el alejado? Si usted tiene el suyo propio, entonces yo no le sugiero que use el mío. Pero por si acaso no lo tiene, le voy a dar las recetas que he usado ya durante más de veinticinco años, y son recetas que han funcionado a las mil maravillas.

Los inconversos

Al tratar con los inconversos siempre comienzo con Isaías 53:6. No leo el versículo, sino que hago que la persona lo lea. Abro mi Biblia frente a sus ojos y, mientras él está arrodillado a mi lado, le digo que lea el pasaje él mismo. Pero pongo mi dedo sobre la última afirmación. Él comienza leyendo: "Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino." Entonces comienzo a hacer preguntas. Es que primero hay que convencerlo de la realidad de que él es un pecador. Un hombre debe pecatarse de que está enfermo antes de poder llamar al médico. Lo repito una y otra vez, haciéndole una pregunta tras otra. Le señalo la palabra todos. Le hago ver que él se ha descarriado, mostrándoles que si él nunca ha tomado el camino de Dios es porque siempre ha seguido su propio camino, y que tomar su propio camino significa descarriarse. Por último queda convencido de que es un pecador.

Entonces lo dejo leer la última parte del versículo. Colocando mi Biblia en una de mis manos y pasándola a la otra, le muestro cómo Dios transfirió el pecado de él a su propio Hijo, el Señor Jesucristo, cuando pendía de la cruz del Calvario, y cómo Cristo cargó con todo el pecado, haciendo así una expiación completa. Ahora él sabe algo del fundamento de la salvación, pero todavía no es salvo.

Mi segunda receta siempre es Juan 1:12. Otra vez lo hago leer el versículo: "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios." Le vuelvo a hacer preguntas como ésta: "¿Qué tiene que hacer usted para ser hecho hijo de Dios?" Tal vez responda: "Tengo que integrarme a la iglesia." Entonces le digo que vuelva a leer, y le pregunto otra vez lo mismo. Quizá responda: "Tengo que vivir una vida mejor." Nuevamente le digo que lea el versículo. Por fin se da cuenta de que lo que debe hacer es recibir al Señor Jesucristo para poder hacerse hijo de Dios.

Ahora, por primera vez, le digo que cierre los ojos y que ore diciéndole al Señor Jesucristo que en este momento lo recibe a El como su propio Salvador personal, dándose cuenta de que la gran barrera del pecado ya ha sido eliminada, porque Jesucristo cargó con sus pecados en la cruz, y que Dios puede ahora perdonarlo. Si él no puede orar solo, oro en su lugar y le digo que vaya repitiendo lo que digo. Entonces, cuando abre los ojos, le vuelvo a hacer preguntas, porque puede ser que todavía no tenga certeza alguna. Pero si creo que él le ha pedido con sinceridad al Señor Jesucristo que entre en su corazón y que lo salve, le digo entonces que haga su segunda oración. Esa segunda oración es muy importante; siempre hay que hacerla. Entonces vuelve a inclinar la cabeza y a cerrar los ojos. Le digo entonces: "Déle gracias al Señor Jesucristo por haberlo salvado." Él comienza a darle gracias. ¿Sabe usted lo que ocurre? En nueve de diez casos el Espíritu Santo da testimonio al espíritu de la persona de que es hijo de Dios, cuando él comienza a dar gracias y alabar al Señor por su salvación, de modo que cuando vuelve a abrir los ojos, y yo le pregunto una vez más si es salvo o no, ya puede responder afirmativamente.

Los alejados

¿Cuál es mi receta para el alejado? Siempre es 1 Juan 1:9 "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados." Al alejado le pido que lo lea una y otra vez hasta que por fin lo crea. Le pido que incline la cabeza y confiese sus pecados, no a mí sino a Dios.

Cuando termina, tal vez no se sienta diferente. Tal vez no esté seguro de si Dios lo ha perdonado o no. Pero ahora él también ofrece la segunda oración, la oración de acción de gracias y alabanza a Dios por haberlo perdonado. Una vez más, mientras él ora, el Espíritu Santo da testimonio con su espíritu de que Dios lo ha perdonado, precisamente a él, y de que lo ha restaurado una vez más a su favor.

Como ven, al inconverso no le digo que confiese sus pecados. No pongo la confesión de pecados como base para la salvación. Eso sería confiar en las obras. Si esa fuera la base para la salvación, entonces el inconverso tendría que confesar todos sus pecados, o su confesión sería inútil; y no es posible para ningún pecador recordar todos sus pecados, y mucho menos confesarlos. Todo lo que el pecador tiene que hacer es admitir que es un pecador y que necesita un Salvador. El alejado es diferente. Ha sido salvado, pero se ha descarriado. Debe regresar por su camino hasta el punto donde se descarrió y corregir lo mal hecho. Debe confesar ese pecado que lo hizo alejarse, porque sólo si confiesa su pecado será perdonado. Así ocurre siempre con el cristiano. Es como Cristiano, el personaje de El progreso del peregrino, que tuvo que regresar hasta la encrucijada y encontrar allí su rollo antes de poder avanzar más.

Los inseguros

Mi receta para los inseguros es siempre 1 Juan 5:13: "Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna ... ". Fijense, por favor, que no dice "supongáis" ni "esperéis"; dice "sepáis". No dice para que "penséis" que tenéis vida eterna; la palabra es "sepáis". Juan se muestra muy seguro al respecto.

Además no dice: "Estos sentimientos de felicidad os he dado, estas maravillosas experiencias emocionales os he transmitido, estas revelaciones formidables os he enviado." No, nada de eso. Dice más bien: "Estas cosas os he escrito." Lo que está escrito no puede cambiarse. Las emociones cambiarán, los sentimientos podrán mudarse, pero lo que Dios ha escrito no se cambiará jamás. Si uno se deja llevar por los sentimientos, se sentirá salvo hoy y condenado mañana. Ese es siempre el problema con el creyente inseguro. En lo que se fija es en sus sentimientos. Cuando ha comido algo que le cae mal, piensa que se ha condenado. Nunca ha aprendido cómo mantenerse firme sobre la Palabra de Dios.

Recordemos que el cristiano no está siempre en la cima de la montaña. No podría haber cimas si no hubiera valles. A veces debe descender al valle. Si se deja llevar por los sentimientos, sólo estará salvado cuando esté en la cima de la montaña. Necesita algo que lo asegure de su salvación cuando está en el valle.

"Estas cosas os he escrito." ¿Cuáles cosas? Pues todo lo que Juan escribió. Tomemos por ejemplo Juan 6:37: "Al que a mí viene, no le echo fuera." Eso basta. ¿Ha ido usted a Él? Si lo ha hecho, entonces usted sabe que Él no lo ha echado fuera. Él dice con toda claridad que no lo hará. Con sólo que usted crea eso, tendrá la certeza. Además no dice: "vais a tener vida eterna". Dice que "tenéis" vida eterna, aquí y ahora.

Dios no puede nunca usar al inseguro. Si un hombre no tiene certeza de su propia salvación, ¿cómo podrá ofrecer esa salvación a otros? Ante todo debe saber que él mismo ha pasado de la muerte a la vida, y eso sólo podrá saberlo creyendo lo que está escrito. Es así como debe tratar el consejero con los inseguros.

Los derrotados

1 Corintios 15:57 es siempre mi receta para los derrotados: "Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo." Note, por favor, que no dice "por medio de nuestras luchas, esfuerzos y empeños". Dice "por medio de Cristo". Y afirma con toda claridad que la victoria es un don. No

podemos trabajar por conseguirla; no podemos ganárnosla. Es el don de Dios para quien es hijo suyo, y viene por medio de su Hijo el Señor Jesucristo.

En cierta ocasión Pablo extendió sus brazos desesperado, por decirlo así, y exclamó: "¡Miserable de mí! ¿quién me librará?" Y la respuesta fue: "Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro." Eso significa que Cristo es el vencedor.

Ahora permítame hacerle una pregunta. Hace tiempo usted aceptó a Jesucristo como su Salvador. ¿Hubo alguna vez un momento en su vida en que lo aceptara a El como su vencedor?

Creo que ambas decisiones son absolutamente esenciales. No sólo hay que recibirlo como el Salvador de uno, sino también como su vencedor. ¿Lo ha hecho usted? En los años que han pasado ha habido centenares de personas que se han puesto de rodillas en la sala de seguimiento, han aceptado a Jesucristo como vencedor, y luego han salido para llevar una vida victoriosa.

A muchos los oigo decir: "Estoy tratando de vivir la vida cristiana. Me estoy esforzando por ser cristiano." ¡Si sólo pudiéramos dejar de tratar y de esforzarnos! Amigo, usted no puede vivir la vida cristiana. Nadie ha vivido jamás la vida cristiana. Sólo hay Uno que puede vivir esa vida, y ese Uno es el Señor Jesucristo.

Voy a explicarle lo que quiero decir. He vivido en California y he viajado por la Florida. He visto millares de naranjos. Y hasta ahora no he visto ni un solo naranjo luchando, tratando tú esforzándose. Todavía no he oído un naranjo que llore, solloce y exclame: "Tengo miedo de cometer un error y producir manzanas silvestres en vez de naranjas." ¡Jamás! El naranjo no necesita preocuparse. ¿Por qué? Porque en su corteza está la savia de la naranja. Todo lo que tiene que hacer es dejar correr la savia por sus ramas, y automáticamente producirá naranjas. Ni una sola vez cometerá un error.

Así sucede con la vida cristiana. Uno no la vive; no puede vivirla. Pero si uno recibe a Jesucristo como su vencedor, entonces El será quien desde adentro viva en la práctica la vida cristiana en uno. La vida cristiana es la manifestación exterior del Cristo que mora dentro de nosotros. Cuando El habita dentro de uno, se manifiesta por medio de uno de tal modo que otros ven la vida cristiana que es vivida, no por uno sino por Cristo, el cual habita dentro de uno en la plenitud del Espíritu Santo. Cuando eso ocurre la vida cristiana se convierte en una realidad, porque Cristo se reproduce a sí mismo. El es la vida cristiana, y esa es la vida de victoria sobre el pecado.

¿Entiende ahora por qué pongo tanto énfasis en el trabajo de consejo personal? Puedo hacer muy poco por mi cuenta, y por eso hago que mis consejeros estén dispersos en medio de la congregación. Ellos ven las manos que se levantan, se acercan al frente junto con los interesados, los llevan a la sala de seguimiento, les dicen que se arrodillen junto a ellos y, después de diagnosticar el caso, aplican el remedio adecuado y así les ayudan a acercarse a Dios.

Como ve, empleo pocas recetas. El dar muchos remedios no hace sino confundir a la persona, y ella no va a poder recordarlos todos. Uno o dos no los va a olvidar nunca. No se necesita dar un largo curso bíblico sobre el liderazgo personal. No es necesario saberlo todo sobre el judaísmo para ganar a los judíos, ni sobre el catolicismo para ganar a los católicos. Tampoco es necesario saberlo todo sobre las sectas falsas para ganar a quienes pertenecen a ellas. Todos los hombres por igual son pecadores. Entonces hay que ayudarles como a pecadores. Todos por igual necesitan un Salvador. Entonces hay que ofrecerles el Salvador que uno tiene. Hay que emplear tan pocos versículos como sea posible.

Al comienzo de mi ministerio empecé a adiestrar líderes, y siempre he tenido entre treinta y cuarenta líderes serios y dedicados, adiestrados y listos para conducir almas a Cristo. De no ser por ellos, yo sólo podría ganar a unas pocas almas. Ellos son los que realizan el trabajo. Dependo muchísimo de ellos, y Dios honra sus esfuerzos.

Tal es la evangelización en la sala de seguimiento. Si usted, mi amigo, va y hace lo mismo, encontrará que Dios bendecirá sus esfuerzos. Cuando usted haga la invitación, los que pasen adelante serán salvos; sus

consejeros los conducirán a Cristo. Si son personas que se han alejado de Cristo, serán restauradas; si son cristianos inseguros, obtendrán certeza; y si son cristianos derrotados, se volverán victoriosos. Así hará usted un trabajo duradero. No cuento a los que pasan al frente. Sólo cuento a los que han ido a la sala de seguimiento y han recibido ayuda individual. La evangelización siempre dará su fruto más abundante en la sala de seguimiento.

Capítulo 8 La evangelización en tierras extranjeras

Las campanas evangelísticas se necesitan en el campo misionero extranjero tanto como se necesitan en la patria. Pero en su mayor parte las sociedades misioneras no han usado en su labor el método de evangelización masiva. Creo que toda ciudad grande de los campos misioneros extranjeros debe tener una campaña evangelística. La campaña debe efectuarse en uno de los principales auditorios de la ciudad, con mucha publicidad y haciendo todo lo posible para que la gente asista.

Como preparar el camino

Pablo, como usted recordará, iba por todas partes predicando el evangelio y nunca parecía quedar satisfecho sino hasta producir una conmoción. Iba de ciudad en ciudad. Si la gente era indiferente y no respondía, él hacía algo que ocasionara una molestia. El sabía que si lograba que todos se pusieran a hablar del evangelio, ya se podía hacer algo.

A la gente hay que hacerla enojar o hacerla alegrarse. Mientras la gente permanezca indiferente, habrá pocos resultados. La forma más rápida de dar a conocer el evangelio en toda una ciudad es producir una conmoción, una perturbación que emocione e interese a todos, algo que salga en los periódicos y ocasione artículos en ellos. El hecho de que estén a favor o en contra, el hecho de que escriban a favor del evangelio o en contra de él, no tiene ninguna importancia. Lo principal que hay que hacer es ponerlos a hablar, hasta que todo el mundo esté conversando sobre el asunto.

Después de eso, los misioneros pueden entrar silenciosamente y cosechar los resultados. Se van a encontrar personas que saben algo acerca de lo que ellos están hablando, y les resultará más fácil conversar sobre asuntos espirituales y ganar almas para Cristo. Una perturbación es una ventaja maravillosa. No hay nada como una campaña evangelística para crear una conmoción.

Quisiera ver hombres que se entregan a la tarea de ser no misioneros sino evangelistas. Casi todos los que salen con rumbo a los campos misioneros extranjeros van como misioneros. Pero algunos deben ir a realizar la labor evangelística y nada más. No deben asentarse. Debieran viajar de una ciudad a otra y efectuar campañas. Si un equipo de evangelistas fuera a las ciudades principales de los campos misioneros extranjeros que hay en la tierra, pronto evangelizarían vastos territorios y se haría más por completar la evangelización del mundo que en ninguna otra forma. Estoy firmemente convencido de la eficacia de la evangelización masiva para las regiones lejanas.

Como extender la invitación

Hace muchos años estaba yo viajando por lo que en aquel entonces se llamaban las Indias Orientales Holandesas. Se me pidió que realizara una campaña evangelística en un tabernáculo que se había construido recientemente en una de las ciudades más grandes. Yo accedí.

Noche tras noche estuve predicando el evangelio del Señor Jesucristo: lo prediqué a budistas, a mahometanos y a creyentes de otras religiones. El auditorio estaba completamente lleno. Incluso habla gran número de cazadores de cabezas de Borneo. Fue una gran alegría proclamar el mensaje del evangelio.

Hacia mediados de la campaña sentí que habla llegado el momento de extender una invitación, y entonces me acerqué a los misioneros y les dije que esa noche iba a invitar a esos hombres y mujeres a aceptar a Jesucristo, y los insté a estar preparados para la labor a nivel personal. Se quedaron mirándome estupefactos. Al principio yo no podía entender.

-Pero, ¿qué ocurre? -pregunté-. Parece que ustedes no quieren que yo haga una invitación.

- Efectivamente - replicaron -. La verdad es que aquí usted no puede hacer una invitación.

- ¡Que no puedo! - repuse-. ¿Y por qué no?

- Pues es que no se hace; nosotros no lo hacemos así.

- ¿Por qué no? - insistí -. ¿Por qué no voy a hacer una invitación?

- Pues, bueno - respondieron -, es que las personas se desprestigiarían. Si usted hace una invitación y nadie se acerca, sería peligroso; no podríamos volver a confrontar a la gente.

- Y entonces, ¿cómo hacen ustedes para ganar almas? - pregunté.

- Bueno - dijeron ellos -, simplemente seguimos predicando y sembrando la semilla.

- ¿Y qué pasa entonces? - continué.

- Pues finalmente alguien recibe una convicción y por fin se acerca a preguntar acerca del camino de salvación. Nosotros se lo explicamos, y procuramos conducirlo a Cristo.

- ¿Y cuántos llegan? - pregunté.

- No muchos. No podemos entenderlo. Llegan algunos, pero sólo algunos. Sin embargo, no conocemos ninguna otra forma de lograr resultados.

- Pues, bien -les dije-, yo sí voy a hacer una invitación. He viajado por todos los campos misioneros rusos en Europa. En todos los lugares adonde he ido, he efectuado campañas en las ciudades más grandes y he extendido la invitación. He viajado por toda España y allí he hecho exactamente lo mismo. He viajado por Alemania, Francia, Polonia y muchos otros países, efectuando reuniones evangelísticas. En todos los lugares que he visitado, he invitado a hombres y mujeres a acercarse al Señor Jesucristo. Si eso ha funcionado en esos campos misioneros, también va a funcionar aquí. Por eso, esta noche voy a hacer la invitación.

Ellos volvieron a objetar.

- Sería imposible -dijeron-; simplemente no se puede hacer aquí. Los orientales son diferentes. No habría respuesta alguna.

- Bueno -repuse-, al menos déjenme intentar. Vamos a ver qué hace Dios. El puede ayudarnos a salir de esto.

Y por fin, con muchas reservas, accedieron.

Esa noche, cuando hube concluido mi mensaje, hice inmediatamente una invitación, diciendo:

- Todos los que quieran encontrar hoy la salvación, por favor, levanten la mano.

Inmediatamente, unas cincuenta personas levantaron la mano.

- Ahora, todos los que han levantado la mano, tengan la bondad de ponerse de pie.

No hubo ni un solo movimiento. Todos se quedaron quietos. Ni una persona se puso de pie. Yo no podía entender. Pensé que tal vez no habían comprendido, y entonces volví a hacer la misma petición:

- Todos los que han levantado la mano, ¿tendrían la bondad de ponerse de pie?

Una vez más, la respuesta fue un perfecto silencio. Nadie se movió.

De repente, uno de los misioneros que habían estado sentados en el estrado detrás de mí, se puso de pie y, acercándose, puso la mano en el hombro de mi intérprete y lo empujó a un lado, diciéndome:

- Ahora sí, doctor Smith; proceda a hacer su invitación.

Sin entender, me dirigí de nuevo al público y volví a hacer mi pregunta.

En un instante, unos cuarenta individuos se pusieron de pie. Entonces seguí adelante con la invitación.

- Los que se han puesto de pie - dije

¿tendrían la bondad de pasar adelante y arrodillarse aquí al frente?

Sin titubear ni un instante avanzaron hacia el frente, cayeron de rodillas y comenzaron a derramar ante Dios lo que había en su corazón.

Más tarde le pedí una explicación al misionero que había intervenido. Me dijo que mi intérprete, temiendo quedar mal, en vez de traducir mi petición diciendo: "Los que han levantado la mano, tengan la bondad de ponerse de pie", la había cambiado completamente y habla dicho: "Los que han levantado la mano, tengan la bondad de permanecer sentados." El, al igual que los misioneros, había tenido temor por los resultados. Pero cuando el misionero joven hizo la invitación en la misma forma en que yo la habla hecho, hubo una respuesta inmediata.

Yo estaba a punto de explicarles más cabalmente el camino de salvación, cuando ellos empezaron a confesar sus pecados y a orar en voz alta. En cosa de veinte o treinta minutos, la mayoría de ellos habían tomado su decisión por el Señor Jesucristo y estaban de pie frente a mí, con rostros radiantes, regocijándose en su Salvador. Fue una noche maravillosa. Ninguno de los que estábamos allí presentes podrá olvidarla jamás.

Meses después, tras mi regreso a Canadá, el líder de la obra misionera me escribió diciendo que todavía estaban haciendo la invitación, que el Espíritu de avivamiento todavía estaba sobre ellos, y que Dios seguía obrando en medio de ellos y salvando almas.

La interpretación de los resultados

Por supuesto, estoy consciente de las características de la mentalidad oriental. Algo sé de la cortesía de los asiáticos. Por eso, cuando ciertos predicadores regresan y cuentan de los miles de manos que se levantaron, no les doy mucho crédito porque sé perfectamente bien que los asiáticos son tan corteses que están dispuestos a hacer casi cualquier cosa que uno les pida. El hecho de que levanten la mano por lo general no significa mucho. Sé perfectamente bien que no significa que se hayan convertido, ni que estén dispuestos a aceptar a Cristo. A veces puede significar eso, pero lo más frecuente es que no. Se necesita algo más.

Por otra parte, hay formas y medios de averiguar si son sinceros o no, y son los mismos obreros nacionales los que mejor saben cómo entenderse con su gente. Siempre conviene dejarlos a ellos decidir si las profesiones de fe son auténticas o no. Incluso en nuestro país, nunca doy por sentado ni por un instante que una persona sea salva simplemente porque ha levantado la mano. Tampoco doy por sentado que la persona sea salva porque haya pasado al frente. He visto centenares de personas levantar la mano, caminar por los pasillos y ponerse de pie al frente. Pero si no entran en la sala para recibir la ayuda de los líderes personales, para de veras acercarse a Dios uno por uno, no los cuento como convertidos. Si la cosa es así en nuestra patria, ¡cuánto más lo será en las regiones lejanas!

Cuando veo hombres y mujeres - como he visto en los campos misioneros rusos en Europa, y también en muchos otros lugares del mundo - que se acercan al altar, se arrodillan, prorrumpen en llanto, derraman su corazón en sollozos, claman a Dios pidiendo misericordia y muestran todos los signos de auténtica penitencia, entonces tengo razón para creer que el Espíritu de Dios ha obrado en ellos y que están listos para recibir la salvación. Eso lo he visto una y otra vez, y sé que Dios obra mediante la evangelización de multitudes en el corazón de hombres y mujeres paganos en tierras lejanas igual que como lo trace aquí en nuestro país, o tal vez aún más. Por lo tanto, recomiendo vivamente que los hombres se pongan en marcha, llamados por Dios, para ser evangelistas, y que recorran las diversas ciudades de los países extranjeros, realizando campañas para ganar almas para Cristo. Estoy firmemente convencido de que se pueden conmovir ciudades enteras y que pueden llevarse muchos centenares, si no millares, de personas a los pies del Señor Jesucristo mediante ese método.

Creo que cualquier hombre que reciba el llamado a ser evangelista en su país también puede ser evangelista en los campos misioneros extranjeros. Estoy convencido de que toda gran ciudad del extranjero debe ser escenario de una campaña evangelística. Quisiera ver cómo los evangelistas van de ciudad en ciudad por el mundo entero, para montar exactamente el mismo tipo de campaña que montamos en nuestra patria. Eso podría acelerar la evangelización del mundo y propiciar el retorno de nuestro Rey.

Danos un lema para nuestro tiempo, un vibrante mensaje de poder,
una consigna cual soplo de fuego que nos llame a morir o a vencer.

Un mensaje que avive a la Iglesia; que ella pueda de Cristo escuchar
el mandato: "¡Levántate, ejército! ¡Nuestro lema es evangelizar!"

Proclamen todos la buena noticia de que Cristo nos vino a salvar;
que ese verbo resuene en el cielo: ¡Evangelizar! ¡Evangelizar!

¡A los que sufren y mueren sin Cristo, el don del amor hay que
proclamar! ¡A ese mundo que vive en tinieblas, ahora tenemos que
evangelizar!

Capítulo 9 El mensaje de la evangelización

Hay siete grandes verdades que deben enfatizarse en toda nuestra labor evangelística. Esas siete verdades constituyen los puntos más importantes de nuestra fe cristiana y abarcan todo el ámbito de nuestra experiencia, desde la condenación hasta la glorificación. Es de suma importancia que proclamemos con claridad meridiana las grandes verdades referentes a la salvación de Dios, enfatizando cada una de ellas.

La necesidad de salvación: el pecado del ser humano

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino...

Isaías 53:6

Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios...

Romanos 3:23

En esos dos versículos la Palabra de Dios establece claramente la necesidad de la salvación. El ser humano ha pecado. Nadie está exento de eso. Todos han pecado. Todos se han descarriado. Cada cual se ha apartado por su camino. Como el ser humano es pecador, necesita salvación. Antes que podamos conducir a las personas a Cristo, debemos convencerlas de la realidad de que son pecadoras y de que necesitan un Salvador. Sólo entonces se acercarán al Señor Jesucristo y recibirán salvación. Si no nos damos cuenta de que nos estamos ahogando, no vamos a querer que nos rescaten. Si no sabemos que andamos perdidos, no vamos a querer que nos encuentren. Sólo quienes se percatan de que están enfermos llaman a un médico. Lo mismo ocurre con la salvación. La persona tiene que darse cuenta de su necesidad. Debe comprender que está perdida y que va camino a la condenación, que está muerta en sus delitos y pecados, que es pecadora y que necesita un Salvador.

Un manzano no es un manzano porque dé manzanas; da manzanas porque es un manzano. El ser humano no es un pecador porque peque; peca porque es un pecador. Una vez que se dé cuenta de su necesidad de salvación, querrá ser salvado. De allí la importancia de convencerlo, con base en la Palabra de Dios, de que es pecador. No importa lo que piense o cómo se sienta; sigue siendo cierto que la Palabra de Dios dice que él es un pecador y no hay vuelta de hoja. Ese es el mensaje que produce convicción de pecado, y debemos pasar mucho tiempo desarrollando ese tema antes de pasar a otras cosas. El ser humano es pecador y necesita salvación.

El fundamento de la salvación: la obra de Cristo

Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

Isaías 53:6

Cristo murió por nuestros pecados...

1 Corintios 15:3

Después de convencer a alguien de que es un pecador, debemos presentarle el fundamento de la salvación de Dios. Y el fundamento de la salvación de Dios es la obra de Cristo. No hay otro. Hace casi dos mil años, Dios cargó el pecado de la humanidad sobre la cabeza sin pecado del Señor Jesucristo. Fue cuando Él estuvo colgado de la cruz del Calvario. Fue cuando Él clamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

Fue cuando Dios tuvo que apartar su rostro. En ese momento, el pecado de usted y el mío fue cargado sobre Jesucristo.

Fue por el pecado de los seres humanos que murió Cristo, y su muerte se convirtió en la obra fundamental de la salvación de Dios. Como ve, ante todo Dios tenía que derribar la barrera de pecado para poder ofrecer el perdón; pero una vez que lo hizo, pudo entonces perdonar generosamente. Había que proveer la salvación. Jesucristo vio al ser humano arruinado y perdido, y descendió a la tierra para llevar a cabo la obra expiatoria.

Eso no quiere decir que el ser humano esté salvado. Es posible proveer de comida y que luego las personas se nieguen a comerla. Es posible lanzar una cuerda salvavidas y que quienes se están ahogando se nieguen a agarrarse de ella. No basta con que Dios haya provisto la salvación, sino que la persona debe saber que se ha provisto dicha salvación, que la obra de Jesucristo en la cruz del Calvario ha realizado una expiación completa, y que no queda nada por hacer. En modo alguno podemos añadir nada a una obra acabada. Mientras colgaba de la cruz del Calvario, Jesucristo exclamó: "Consumado es." Todo lo que se podía hacer ya estaba hecho, y ha quedado hecho. Por eso la base de la salvación es la obra de Cristo. Insisto en que esa es una verdad que debemos enfatizar.

El camino de salvación: la fe en Cristo

El justo por la fe vivirá.

Romanos 1:17

Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo...

Hechos 16:31

Esa gran verdad iluminó la mente de Martín Lutero mientras iba subiendo los escalones en Roma. En su mente relampaguearon las palabras: "El justo por la fe vivirá." Allí mismo se dio cuenta de que la salvación no era por obras sino por fe. Lo mismo le sucedió al carcelero filipense. Su pregunta fue: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" La respuesta de Pablo fue: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo."

La salvación es por fe, no por obras. Es importante que nos extendamos en exponer esa gran verdad. Debemos dejar muy claro que las obras nunca salvarán, y que la única forma de ser salvo es mediante la fe. Ese es el plan de Dios es sencillo pero sumamente eficaz. En el momento en que usted y yo confiamos en el Señor Jesucristo, en el momento en que creímos con nuestro corazón, somos salvos. Ponemos nuestra fe no en una doctrina o en un sistema de ética, sino en una persona, el Señor Jesucristo. No es nuestra fe lo que nos salva; quien salva es Cristo; pero nuestra fe es el lazo que establece el contacto. En el momento en que creemos, salimos de la muerte para entrar en la vida. Esa gran verdad hay que recalcarla una y otra vez.

Al enfatizar el camino de salvación, es decir, la fe en Cristo, podemos enfatizar también el lado negativo: "No por obras, para que nadie se gloríe." Y podemos recurrir a los innumerables pasajes que aseguran con toda claridad que las obras no salvan. El único camino de salvación es por fe, la fe en la obra consumada del Señor Jesucristo. Somos salvos, pues, por Cristo, mediante la fe. Debemos proclamar esa verdad en toda campaña evangelística.

La certeza de salvación: la palabra de Dios

Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que, sepáis que tenéis vida eterna...

1 Juan 5:13

Ahora llegamos a la verdad más importante, es decir, la certeza de la salvación. Debemos afirmar con toda claridad que la certeza no se obtiene como resultado de sentimiento alguno que pueda ser nuestro; la certeza se basa siempre en la Palabra de Dios. Es cuando le creemos a la Palabra de Dios que su Espíritu da testimonio con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Jamás conoceremos el significado de la certeza sino hasta que afirmemos nuestros pies sobre la Palabra.

Juan no dice: "Estos sentimientos os he dado"; dice: "Estas cosas os he escrito". No dice: "para que tengáis esperanza o penséis o sintáis que tenéis vida eterna"; dice más bien: "para que sepáis que tenéis vida eterna". No dice: "que vais a tener vida eterna"; dice más bien: "que tenéis vida eterna". En otras palabras, la certeza de la salvación se fundamenta en lo que está escrito. La salvación es una experiencia cognoscible y una posesión actual.

Nadie va a ser usado por Dios sino hasta que él mismo sepa que tiene aquello de lo que está hablando. No puede en modo alguno ofrecerles a otros algo que él mismo no está seguro de tener. Ante todo debe él mismo estar seguro de su propia salvación antes de poder proclamarla a quienes lo rodean. Es tan importante conducir a los cristianos a un estado de certeza como lo es el conducir a los pecadores a Cristo. Asegurémonos, pues, de que a los que carecen de certeza les señalemos la Palabra de Dios, y les dejemos bien claro que deben fundamentarse sobre lo que Dios ha dicho. La certeza trae paz y bendición. Los cristianos deben tener la certeza de que son salvos.

La evidencia de la salvación: el fruto que se da

Por sus frutos los conoceréis.

Mateo 7:20 Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.

Santiago 2:18

La fe sin obras es muerta.

Santiago 2:20

Ahora bien, la evidencia de la salvación es diferente de la certeza de la salvación. La certeza tiene que ver con el individuo mismo. La evidencia tiene que ver con quienes lo rodean. En otras palabras, puedo saber que soy cristiano; pero ¿lo saben aquellos con quienes me relaciono? La única forma de que ellos lo sepan es mediante el fruto que doy. Ellos observan mi vida. Ellos saben si soy diferente o no. Y si no ha habido cambio alguno, entonces tienen derecho de pensar que no soy cristiano. Si soy cristiano, mi vida lo demostrará. Habrá fruto. El Señor Jesús lo afirma con toda claridad en Juan 15:1-5.

Las obras no salvan, pero sí proporcionan la evidencia de la salvación. Esa es la enseñanza de Santiago a lo largo de toda su epístola, sobre todo en los versículos que he citado anteriormente. Si hay una nueva acción de la gracia, debe haber una manifestación externa. "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Corintios 5:17). ¿Ha habido un cambio? ¿Han pasado las cosas viejas, y se han hecho nuevas todas las cosas? ¿Hay una diferencia? Si es así, eso les probará a otros la autenticidad de mi experiencia. Si realmente he sido salvado, produciré fruto. Mi vida será diferente.

Las cosas que antes amé las aborreceré, y las cosas que antes aborrecí las amaré. Ahora me gloriaré en la Iglesia del Señor Jesucristo. Será una gran alegría cantar los himnos evangélicos, entregarme a la oración y al estudio de la Palabra, dar testimonio, y hacer todo lo que esté a mi alcance por servirle a Dios. Si no tengo el deseo de vivir para el Señor Jesucristo, entonces no hay evidencia alguna de que yo haya sido salvado. El

fruto producido debe convertirse en evidencia para todos los que me rodean. Esa verdad es tan importante que debe recalarse constantemente.

El gozo de la salvación: el caminar del creyente

Vuélveme el gozo de tu salvación...

Salmo 51:12

Ese fue el clamor de David, pero no fue sino hasta que David comenzó a caminar de nuevo con Dios que experimentó el gozo de la salvación de Dios. Mientras estuvo alejado de El, su corazón le pesaba. No experimentaba otra cosa que dolor. Pero, tan pronto como confesó su pecado y se puso en buenos términos con Dios, volvió a experimentar el gozo de la salvación de Dios. El gozo tiene que ver con nuestro caminar. Sólo si caminamos en la voluntad de Dios podremos experimentar el gozo de su salvación.

No hay nadie más miserable que el que se ha alejado de Dios y ha recaído en el pecado. El que no está viviendo en el centro mismo de la voluntad de Dios, el que está cediendo terreno al pecado, el que no está caminando en la luz, no puede experimentar nada del gozo de la salvación. Los que quieren ser felices en su vida cristiana deben vivir conforme a la voluntad de Dios, venciendo el pecado. Deben llevar una vida victoriosa. Deben caminar como Dios quiere que caminen momento tras momento y día tras día, y deben agradar a Dios de tal modo que el gozo de su salvación esté siempre en ellos.

Hay muchos cristianos que no sólo están descontentos, sino que viven completamente infelices. Tienen lo suficiente de religión como para vivir descontentos; pero no tienen suficiente salvación como para vivir gozosos. Mientras sigan desobedeciendo a Dios, y Dios tenga que castigarlos, seguirán siendo miserables; pero tan pronto como regresen a Dios, confesando sus pecados y encaminándose de nuevo en su voluntad, experimentarán de nuevo el gozo de su salvación. Entonces, como dice David, los pecadores se convertirán a Dios; porque es el cristiano gozoso el que es usado por Dios para alcanzar a otros. Recordemos, entonces, que el gozo de la salvación es siempre el caminar del creyente. El que vaya a ser o no un cristiano feliz depende de la clase de vida que lleve en la presencia de Dios.

La consumación de la salvación: la recompensa del cristiano

He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mi, sino también a todos los que aman su venida.

2 Timoteo 4:7, 8

Cuando el cristiano reciba su recompensa, habrá alcanzado la consumación de su salvación. No debe contentarse con sólo ser salvo e ir al cielo; tiene que procurar glorificar de tal modo al Señor Jesucristo que llegue a ser digno de una recompensa. Como usted sabe, las recompensas serán adjudicadas en el tribunal de Cristo. En ese juicio unos recibirán una censura, otros una recompensa. Nada le agradará más al Señor Jesucristo que poder otorgar a sus siervos fieles las recompensas que tiene guardadas para ellos. Por consiguiente, el cristiano debe vivir con la mira puesta en aquel día. Debe estar anhelando su recompensa.

¡Con qué ansia triunfal aguardaba Pablo el día de su coronación! El sabía que había peleado la buena batalla y que había mantenido la fe, y que en aquel día recibiría su recompensa. ¡Cómo se gloriaba en ella! Apenas podía esperar que llegara el momento. Había sido absolutamente fiel. Su Señor le había prometido una recompensa rica y abundante, y él estaba seguro de que a su debido tiempo sería suya. Una y otra vez se refiere a la corona. En realidad, a lo largo de todo el Nuevo Testamento hay promesas de recompensas de una clase u otra, para los que han sido fieles. Una y otra vez hallamos la expresión "al que venciere", seguida de

una promesa de cierta recompensa especial. "Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor" (1 Corintios 3:8).

"Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo" (2 Corintios 5:10).

Tales son, entonces, las grandes verdades que debemos recalcar en nuestra labor evangelística. A los creyentes hay que consolidarlos en la fe. Esas son las enseñanzas fundamentales de la Palabra de Dios. Abarcan, como lo he dicho ya, todo el ámbito de la fe y la experiencia cristiana. Seamos fieles, entonces, en la proclamación de todo el consejo de Dios, y nuestra evangelización será gloriosa.

Capítulo 10 Lecciones aprendidas de la evangelización

Hay seis lecciones que se pueden aprender de la obra de evangelización y avivamiento. Que Dios nos capacite para aprenderlas hasta que se conviertan en parte de nuestra experiencia, ya que cada una de ellas es de suma importancia.

Muy poco se puede lograr sin una manifestación del Espíritu de Dios

Esa es la primera lección. Como usted recordará, la conversión de Carlos G. Finney se dio de un modo portentoso. Nos narra que inmediatamente después de su conversión, mientras estaba de pie ante el fuego en su oficina, fue bautizado con el Espíritu Santo. En su autobiografía nos da una descripción vivida de ese bautismo. No habló en lenguas, pero sucedió algo que lo convirtió en el gran predicador de avivamientos que llegó a ser.

Quizá recuerde usted que al día siguiente de su conversión Finney salió a la aldea, y todas las personas con quienes habló, aunque no hiciera más que pasar el rato, posteriormente fueron convencidas de pecado y alcanzaron la salvación, de tan fuerte que era el poder del Espíritu sobre Finney. Esa misma noche él se sentó a la mesa y le pidieron que diera gracias por la comida. Cuando lo hizo, un universalista que estaba allí presente, abatido por la convicción de pecado, salió corriendo de la sala, se puso de rodillas y comenzó a orar a Dios, luchando consigo mismo hasta que fue gloriosamente salvado. Y todo eso fue simplemente porque Finney había dado gracias por los alimentos.

Cuando el Espíritu de Dios viene sobre un hombre como vino sobre Finney, lo que sucede es algo inusitado, algo maravilloso, algo asombroso. Lo que digo es que esa es la primera lección que aprendemos de la evangelización y el avivamiento. Aparte del Espíritu de Dios, es muy poco lo que se puede lograr. Todo lo que Finney hacía lo hacía en el poder del Espíritu Santo. Todo lo que lograron Evan Roberts y Juan Wesley lo lograron también como resultado de una manifestación especial del Espíritu de Dios. Todo lo que fuera de valor permanente era obra del Espíritu Santo.

Las condiciones desfavorables siempre se pueden cambiar por el poder de la oración que prevalece

A medida que usted y yo llevemos a cabo nuestra obra evangelística, con frecuencia nos veremos confrontados por condiciones desfavorables. Las cosas no serán como quisiéramos. A veces parecería que todo va mal, y nada estará como es debido. La gente no cooperará. Habrá mucha oposición. Las reuniones se verán caracterizadas por un espíritu extraño. La campaña no será lo que uno esperaba, y llegará el momento en que uno apenas sabrá qué hacer. Se podrá hablar con alguien, y tratar de alterar las cosas; pero le resultará imposible.

Ahora viene la segunda lección que hay que aprender bien a fondo, y con la cual todo evangelista debe estar familiarizado. Se pueden transformar esas condiciones desfavorables por el poder de la oración que prevalece. Usted y yo debemos aprender cómo prevalecer con Dios en nuestra obra evangelística.

Finney descubrió que era así. Cuando las cosas no salían bien, simplemente se retiraba al bosque y allí, durante largas horas, derramaba su corazón ante Dios. Su padre Nash estaba con él para ayudarlo, no como simple director de cantos, sino como guerrero en la oración. Mientras Finney predicaba, Nash estaba orando. Cada vez que Finney se encontraba enfrascado en un problema que no podía resolver, recurría siempre a la oración, porque había aprendido que cualquier problema, sin importar lo difícil que fuera, se podía resolver mediante la oración.

Cuando usted y yo aprendamos, como aprendió Finney, cómo luchar con Dios, cómo, esforzarnos en la oración, cómo pasar de rodillas las horas de la medianoche, entonces habremos aprendido el secreto de la victoria sobre toda dificultad. Los primeros metodistas sabían ese secreto. Una y otra vez se retiraban para orar. Pasaban largas horas luchando con Dios hasta que, por fin, habían orado hasta el extremo y las cosas habían cambiado. Del mismo modo usted y yo tendremos que agarrarnos de los cuernos del altar y orar hasta que se alteren las condiciones desfavorables que nos rodean y sea contestada la oración.

La obediencia perfecta a la voluntad de Dios es el prerrequisito único para el éxito

Hay una cosa en la vida de Finney que fascina nuestra atención. Es su obediencia implícita a Dios. Hasta en los detalles cotidianos de su vida, Finney averiguaba cuál era la voluntad de Dios y entonces la hacía. Se nos dice que fue a buscar a la joven que había de ser su esposa. De camino se detuvo para que le herraran el caballo, y mientras se lo herraban recibió la persuasión de predicar el evangelio en el templo que estaba junto a la herrería. Pronto se congregó una multitud, y mientras él predicaba estalló el avivamiento. El Espíritu de Dios vino sobre el público. Hombres y mujeres se pusieron a llorar hasta entregarse a Cristo. En poco tiempo el pueblo entero se había visto agitado.

Entonces la gente se esforzó por convencer a Finney de que se quedara una noche más y predicara de nuevo. Así lo hizo, y el avivamiento aumentó en poder. Después lo persuadieron a que se quedara por una tercera noche, y otra vez hubo gente que alcanzó la salvación, gran parte del público recibió la convicción de pecado, y el avivamiento prosiguió. Se convirtió en algo tan grande que Finney siguió predicando noche tras noche. Por último, comprendiendo que no podía seguir adelante con su viaje, le encargó a otro hombre que fuera a traerle la novia, mientras él continuaba predicando el evangelio. Se nos cuenta que ese avivamiento continuó por seis largos meses. Finney nunca evadió su responsabilidad, sino que había obedecido al Espíritu de Dios. Había puesto primero lo primero. El sabía que su novia podía conseguirla después, pero estaba consciente de que la obra de Dios no podía esperar.

Me pregunto cuántos estarían dispuestos a hacer lo mismo. ¿Cuántos estarían dispuestos a dejar de lado sus propios planes y obedecer al Espíritu de Dios? ¿Podría Dios encontrar hombres así en nuestros días, hombres que estén dispuestos a romper sus propios compromisos con tal de obedecer a Dios? No es de extrañar que Finney haya experimentado el avivamiento. Estaba totalmente entregado a Dios. La obra de Dios ocupaba el primer puesto en su vida. Obedecía en todo momento, y por eso Dios podía usarlo para su gloria y honra.

Tal vez en este momento Dios le esté diciendo a alguien que se aparte del pecado, que se aleje inmediatamente de lo que está haciendo. Dios espera obediencia, obediencia instantánea. ¿Qué haremos? ¿Estamos obedeciendo? ¿Estamos poniendo en práctica la voluntad de Dios? ¿Nos apartamos cuando Dios nos dice que nos apartemos? ¿Hacemos la voluntad de Dios cuando El nos la revela? ¿Estamos viviendo, momento a momento, en el centro mismo de su voluntad? ¿O andamos siguiendo nuestras propias inclinaciones? ¿Nos resistimos a escucharla voz del Espíritu? No es extraño que Dios no nos use como El quiere. Tiene que haber obediencia al instante.

No se pueden obtener grandes resultados sin que surja la envidia y la oposición

Esa lección es difícil de aprender, pero tendremos que aprenderla. Muchos evangelistas jóvenes comienzan pensando que nunca habrá oposición alguna, que todo el mundo va a aceptar su ministerio de buena gana, y que desde el principio todo será un éxito. Esos hombres no llegarán muy lejos antes de darse cuenta de que, para tener éxito, tendrán que enfrentar tanto la envidia como la oposición. Habrá quienes se pongan celosos de ellos, y habrá otros que se les opondrán.

No hay que pensar que todo el mundo lo va a elogiar a uno, que los demás cristianos lo van a animar, que los pastores van a hablar bien de uno y le van a ayudar en todas las formas posibles, y que uno no enfrentará dificultades. Quizá vale saber desde el principio, desde que uno se lanza a la labor de su vida, que va a enfrentar envidia y oposición. Habrá muchos que no quieran cooperar con uno. Habrá quienes se empeñen en desalentarlo a uno, y que harán todo lo posible por dificultarle su tarea.

Mientras uno no logre gran cosa, nadie se molestará mucho con uno. Pero tan pronto como empiece a tener éxito, tan pronto como comience a obtener resultados, tan pronto como las multitudes acudan a escucharlo, habrá quienes se pongan envidiosos de tino. Lo único que uno tiene que hacer es lograr algo que nadie más ha logrado, construir algo que nadie más ha construido, obtener resultados que nadie más alrededor de uno está obteniendo, tener más éxito que quienes lo rodean, y ya podrá saborear la más tenaz oposición. Por todos lados surgirán los celos y la envidia.

Lo que es más, eso no vendrá del mundo. Uno no se sorprendería si los que no conocen a Cristo se le oponen. Pero más bien, con toda probabilidad, esa oposición provendrá de líderes cristianos y obreros cristianos, de los que deben estar al lado de uno alentándolo en todas las formas posibles.

Es entonces que a uno le dan deseos de rendirse. Pero si uno sabe por anticipado que debe esperar tal cosa, entonces estará preparado para cuando eso llegue, y no se sorprenderá. Repito que si Dios lo va a usar a uno de un modo extraordinario, si va a hacer por medio de uno aquello que no ha hecho por medio de otros, uno puede estar perfectamente seguro de que se verá rodeado por la envidia y la oposición por todos los flancos. Eso ha ocurrido a lo largo de toda la historia.

¿Qué sucedió con Finney? ¿Fue criticado alguna vez? ¿Tuvo que enfrentar la envidia y la oposición? No sé si usted sabe que lo maravilloso de eso es que, al pasar los años, toda la oposición, la crítica, la envidia, los fracasos, se olvidan casi por completo. Casi nunca se registran en las críticas. Cuando uno lee la biografía de un hombre, lo único que lee son las cosas alentadoras que le sucedieron, sus éxitos, sus victorias. Rara vez se menciona la otra cara. Pero permítame decirle que Finney tuvo que enfrentar tanta oposición como cualquier otro hombre que haya sido usado por Dios. Y fue una oposición casi diabólica. Por todos los flancos lo calumniaban, y quienes lo hacían eran algunos de los líderes más sobresalientes de la Iglesia de su tiempo. Es que estaban celosos de su éxito. Los ministros unitarios lo combatieron durante años, a tal punto que él siempre estuvo en medio de una tormenta, a pesar del éxito maravilloso que tenía.

El doctor Lyman Beecher, uno de los líderes prominentes de la generación de Finney, se dedicó a hacer todo lo que estaba a su alcance por derrotarlo. Cuando Finney se iba acercando a Boston, Beecher le envió el siguiente mensaje que cito literalmente: "Si usted intenta extender el incendio hasta Boston, saldré a su encuentro en el límite del estado y llamaré a todos los hombres de artillería y lo combatiré pulgada tras pulgada hasta llegar a Boston, y luego lo combatiré en Boston mismo." ¿Puede usted imaginarse algo más maligno que eso? ¿Y qué fue lo que hizo Finney? ¿Cómo le respondió? ¿Qué fue lo que dijo? Pues jamás dijo nada. No dio respuesta alguna. Simplemente hizo lo que siempre hacía: se fue al bosque, a estar a solas con Dios. Comenzó a luchar en la oración. Le dijo al Señor todo lo que tenía que decir al respecto, y Dios le dio una gran victoria.

Eso, amigo mío, es lo que debe hacer usted también. No importa qué clase de carta reciba, no importa cuánta oposición tenga que enfrentar, simplemente llévelo en oración a los pies de Dios. Expóngaselo al Señor. Dios será quien libre las batallas por usted, si usted se lo permite. Pero si usted se encarga de pelear sus propias batallas, Dios lo dejará hacerlo, y entonces puede ser que se tope con la derrota y no con la victoria. Aprenda a orar. Nunca dé usted mismo la respuesta. "Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor." Tanto la envidia como la oposición pueden ser vencidas mediante la oración. Así lo hizo Dios por Ezequías. El también recibió oposición. El también recibió una carta, pero se la expuso al Señor, y el Señor lo libró. Mientras uno esté seguro de que está en el centro de la voluntad de Dios, no necesita preocuparse. La oposición no importa. No hay que ponerle atención a la envidia. Simplemente hay que seguir sirviendo al Señor. El será quien le despeje el camino. Dios lo vindicará gloriosamente a su tiempo, y usted descubrirá que da buen resultado dejar que sea El quien libre las batallas.

Esa es prácticamente la única clase de oposición y persecución que recibimos ahora. Ya no nos amarran a una estaca para quemarnos vivos. Ya no tenemos que sufrir la muerte de un mártir. Muy rara vez nos someten a torturas físicas. La única clase de oposición que recibimos es la crítica y la calumnia, y eso se debe a la envidia y a los celos.

Durante muchos años he adoptado un lema que me ha mantenido en terreno firme. Consta de sólo cuatro palabras: "No atacar, no defenderse." Se lo he transmitido a otros evangelistas, y ellos lo han adoptado también. Han aprendido que da resultado. Nunca ataco a nadie personalmente, y nunca me defiendo cuando me atacan. Dejo el asunto completamente en manos de Dios. Dios no lo llama a uno a atacar a los demás, y uno no necesita defenderse. El tiene capacidad para responder a cualquier emergencia. "En cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres." Si usted hace eso, Dios lo bendecirá y lo usará, y usted nunca tendrá que temer a la envidia o a la oposición que lo rodea. "Dios es mi refugio." ¡Y qué refugio tan maravilloso es! ¿Por qué no dejarlo todo en sus manos? Cuando usted o yo tratamos de vindicarnos a nosotros mismos y pelear nuestras propias batallas, a Dios no le queda otra alternativa que dejarnos abandonados a nosotros mismos. Pero cuando dejamos que El nos defienda, entonces estamos dependiendo de Aquel que nunca falla. Por eso mi lema es: "No atacar, no defenderse."

Moody y Sankey tuvieron la misma experiencia. Cuando fueron a Gran Bretaña, se toparon con oposición por todos los costados. Los periódicos los ridiculizaban y se reían de ellos. Hasta publicaron caricaturas de ellos. Por todas partes encontraron la más amarga oposición; pero Dios los vindicó de tal modo que ganaron millares y millares de almas para el Señor Jesucristo en las Islas Británicas. Hoy día reciben elogios y alabanzas sin límite.

El apóstol Pablo sabía lo que era la oposición. Una y otra vez estuvo en medio de un tumulto. Adondequiera que iba se topaba con oposición, pero Dios lo libraba a pesar de todo. También usted será librado, pero recibirá oposición, y debe esperarla. Se lo advierto, por lo tanto, para que no se desanime. Espere tanto la envidia

Como la oposición, y espérelas de parte de líderes cristianos.

El avivamiento perenne sólo es posible allí donde hay continuo quebrantamiento de corazón

Ahora hemos descubierto el secreto. ¿Quiere tener un corazón que esté siempre lleno de fervor por Dios? ¿Quiere conocer la unción continua del Espíritu Santo? ¿Anhela ser usado en el servicio a su Señor? ¿Quiere estar siempre encendido con el poder de Dios? ¿Quiere un avivamiento perenne en su propio corazón, para no perder jamás su primer amor, su entusiasmo inicial? ¿Está pidiéndole a Dios poder estar siempre lleno de fervor por El y estar siempre interesado en las almas de los perdidos? Pues bien, he aquí el secreto: el avivamiento perenne sólo es posible donde hay continuo quebrantamiento de corazón.

Ahora permítame plantearle una pregunta: ¿Cómo logró Finney el avivamiento perenne? Recuerde que hasta el día de su muerte fue un predicador de avivamientos. Continuamente estuvo realizando la obra de ganar almas. Jamás perdió su carga espiritual por los no cristianos. ¿Cómo, repito, pudo mantener un ministerio así?

Cada día de su vida se aseguró de estar a solas con Dios y de tener un tiempo de meditación en la Palabra. Todos los días dedicaba tiempo para la oración. Jamás permitió que pasara un solo día sin ir al encuentro de su Señor. Esa es la respuesta.

Permítame decirle que por más de veinticinco años he venido practicando la vigilia del alba. Jamás concebiría la posibilidad de irme para el trabajo sin haberme encontrado primero con Dios. Mañana tras mañana me voy a mi estudio a esperar en el Señor. Lo primero que hago es escudriñar las páginas del Libro Santo, y luego me entrego a la oración y a la súplica. De manera que me encuentre con Dios antes de encontrarme con los

hombres y El resuelve mis problemas antes que me tope con ellos. La vigilia del alba ha tenido para mí un significado enorme, y sin ella mi ministerio sería débil, sin poder y sin eficacia.

¿Tiene usted un tiempo designado para encontrarse con Dios? ¿Tiene un lugar designado para encontrarse con Dios? ¿Ha habido algún día en su vida, desde que usted se convirtió, en que se haya quedado sin abrir las páginas del Libro Santo para estudiar la Palabra de Dios? ¿Ha permitido que pase un solo día sin derramar su corazón ante Dios en oración y súplica?

Amigo mío, si quiere mantener la espiritualidad que Dios le dio, si quiere un avivamiento perenne en su corazón, va a tener que aprender a encontrarse con el Señor Jesucristo día tras día. Recuerde que el maná se recogía cada día. Usted también tendrá que recogerlo cada día, o si no nunca servirá para nada en el servicio a Dios.

Hubo ocasiones en que Finney sintió que se estaba enfriando, en que se dio cuenta de que su corazón se estaba helando. En cada una de esas ocasiones recurrió a horas adicionales de oración. Cierta vez pasó un invierno entero sin leer jamás otro libro, sin leer jamás un periódico, sin leer jamás ninguna otra cosa que la Biblia, y la leía de rodillas. Apartándose de todo lo demás, se puso a destilar las páginas del Libro Santo y se entregó a la oración a fin de no perder el fervor del avivamiento. El quería que el espíritu del avivamiento ardiera siempre en su alma, y así fue como lo logró.

Nos cuenta que una y otra vez recibió refrescantes llenuras del Espíritu de Dios, sobre todo mientras pasaba tiempo en oración o escudriñando las páginas sagradas de la Palabra. Una vez tras otra el poder de Dios vino sobre él, hasta que su corazón se calentaba y se encendía una vez más. Entonces salía a efectuar cultos de avivamiento, y nuevamente veía cómo caía sobre la gente la convicción de pecado, y cómo se convertían centenares de personas.

Uno de los mayores peligros del ministerio es experimentar el poder de Dios en la juventud y perderlo después. Hay tantos que una vez estuvieron ardiendo de fervor, que una vez estuvieron interesados en el avivamiento, pero que ahora han perdido ese fuego y han sido dejados de lado. Es fácil instalarse en una congregación cómoda, recibir un buen salario, disfrutar de todos los lujos de la vida, lograr que todo marche fácilmente, y luego perder la carga espiritual por las almas. Es muy fácil que la pasión por las almas lo abandone a uno, y que uno se vuelva rutinario. El arder de fervor mientras uno es joven, y luego enfriarse con el correr de los años, es una experiencia que jamás debiera ser la suya. La única forma de mantener el espíritu del avivamiento es asegurarse de que haya continuo quebrantamiento de corazón.

La evangelización es el secreto de la bendición tanto material como espiritual en la iglesia local

A base de evangelización se construyó el Templo The Peoples' Church, en Toronto, Canadá. Cada campaña dejaba dinero en la caja. No se iba todo para los gastos ni para el evangelista y su equipo; siempre se dejaba una parte para la iglesia. Fue así como la obra prosperó, tanto material como espiritualmente.

Si no hay bendición económica, es que en algún lugar algo se está manejando indebidamente. El auditorio cuyo alquiler no le cuesta nada al evangelista, con todos sus equipos, sin duda merece algún resarcimiento. Si no, la inversión no vale la pena. El pastor que se esfuerza por adiestrar a los obreros, y que sin remuneración adicional se afana por la campaña y la planea, sin duda debe asegurarse de que la campaña deje a la iglesia en mejores condiciones económicas así como espirituales.

La voluntad de Dios es bien explícita en lo referente a las bendiciones materiales. "Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma" (3 Juan 2). Como ve, las tres cosas van juntas: la prosperidad espiritual, la física y la material. Hay excepciones, pero esa es la voluntad sublime de Dios. Si la campaña es para la iglesia una bendición espiritual, también lo será en el aspecto económico. No se puede separar una cosa de la otra.

Esas son, entonces, las seis lecciones que podemos aprender de la evangelización y el avivamiento. Cada una de ellas, como lo he afirmado ya, es de suma importancia. Si usted y yo no nos las aprendemos cabalmente, no sacaremos mucho provecho de lo que hayamos leído y visto en cuanto a la obra del avivamiento. Permítanme repetir, por consiguiente, que es muy poco lo que se puede lograr sin una manifestación del Espíritu de Dios; que las condiciones desfavorables siempre se pueden cambiar mediante el poder de la oración que prevalece; que la obediencia perfecta a la voluntad de Dios es el prerrequisito único para el éxito; que no se pueden obtener grandes resultados sin que surja la envidia y la oposición; que el avivamiento perenne sólo es posible allí donde hay continuo quebrantamiento de corazón; y, por último, que la evangelización es el secreto de la bendición tanto material como espiritual en la iglesia local.

"Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra" (2 Crónicas 7:14).